

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 4 DE OCTUBRE DE 1909

NÚM. 1.449



FLORES A LA MADONA, cuadro de Enrique Serra



Texto. — *Revista hispano americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La hora del amor*, por Rafael Ruiz López. — *Los estudiantes convertidos en obreros*. — *El descubrimiento del Polo Norte por el Dr. Cook*. — *La campaña de Melilla*. — *La catástrofe del «Republique»*. — *El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). — *Aerostación. El salón de la Aeronáutica en París. Accidentes mortales de Lefebvre y Ferber*. — *Monumento a Diógenes*. — Libros.

Grabados. — *Flores a la Madonna*, cuadro de Enrique Serra. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *La hora del amor*. — *París. Estudiantes trabajando en la terminación del edificio de su asociación en substitución de los obreros en huelga*, dos reproducciones fotográficas. — *Tokio. Fiesta celebrada por la Asociación patriótica de damas japonesas*, lámina compuesta por cinco fotogramas. — *El Polo Norte*, reproducción de la fotografía tomada por el doctor Cook. — *A la vista del Polo Norte*. — *La campaña de Melilla. La alcazaba de Zeludín y viviendas moras en su recinto*. — *José Haydn*, cuadro de V. de Paredes. — *La visita al Museo*, cuadro de W. de Hatherell. — *La catástrofe del globo dirigible «Republique» y el entierro de las víctimas en Versalles*. — *París. El salón de la Aeronáutica instalado en el Gran Palacio*. — *El aviador francés Eugenio Lefebvre*. — *El capitán de artillería francés Ferber*. — *París. Monumento a Diógenes erigido en el jardín del Temple*.

REVISTA HISPANO AMERICANA

Chile: los armamentos, la defensa nacional y la política interior. — **República Argentina:** el programa del candidato a la presidencia. — **Paraguay:** el estado de sitio; la crisis económica y la cuestión financiera. — **Bolivia:** el nuevo presidente; la cuestión de límites con el Perú desde el punto de vista boliviano. — **Venezuela:** los partidarios de Castro. — **Colombia:** el Congreso de 1909, la renuncia del presidente señor Reyes y el nuevo gobierno; propósitos de reforma constitucional.

«Paz en el exterior, fundada en la observancia de los tratados; tranquilidad en el interior, basada en el cumplimiento de las leyes, son los cimientos sobre los que descansa la prosperidad nacional.» Esto decía el presidente de la República de Chile en el párrafo final del Mensaje que leyó el 1.º de junio último.

De entonces á hoy ni la paz ni la tranquilidad se han alterado. No hay guerras ni hay revoluciones. Pero no se desvanecen recelos ó temores de conflicto con Estados vecinos, y la política internacional de Chile sigue desenvolviéndose dentro del régimen de la paz armada. Bien lo declara el mismo Mensaje á que aludimos. El gobierno sigue con atención las experiencias que se efectúan en otros países para mejorar el material de guerra, y una comisión de jefes del ejército se traslada á Europa para hacer estudios y proponer la adquisición del que más convenga. Se estudia también con interés cuanto se refiere al material de la marina militar, y antes de concluir el año se habrán tomado las medidas necesarias para su mejoramiento. Mediante las instalaciones del arsenal marítimo de Talcahuano, que desde hace tiempo vienen aumentando paulatinamente, se puede atender con eficacia á la conservación y reparación del material de la armada, habiéndose terminado en el año trabajos de gran entidad y que importaban verdaderas transformaciones en algunas unidades de la escuadra. Esta exige la construcción de un dique de carena de gran dimensión, en armonía con los progresos del arte naval, y se ha terminado el estudio de un proyecto de dique en que puedan entrar buques de 20.000 toneladas.

En el mes de julio hubo rumores de inteligencia con Bolivia para el caso de guerra entre esta República y la del Perú por la cuestión de límites. Tuvieron ó no aquéllos fundamento, lo cierto es que la opinión pública en Chile llegó á excitarse en sumo grado, se creyó inminente el conflicto y se pedía que el gobierno activase la obra de defensa nacional. La comisión militar enviada á Europa daba cuenta de las gestiones hechas para la compra de buques y armamentos, y se solicitaban nuevos recursos para la fortificación de puertos.

En cuanto á la política interior, subsiste el malestar producido por los frecuentes cambios de gabinete. Ministerio nuevo formado á mediados de junio, tenía que declararse en crisis en agosto por desacuerdos en la cuestión monetaria.

Es candidato á la presidencia de la República Argentina el Sr. D. Roque Sáenz Peña, actual ministro plenipotenciario de su país en Italia, y que no ha

mucho lo fué en Madrid. En agosto último estaba en Buenos Aires y exponía en discurso muy aplaudido su programa político.

Paz internacional y fraternidad americana, sin perjuicio de adoptar cuantas disposiciones sean menester para la defensa del país; oportunismo en el régimen económico, revisión de aranceles y tratados de comercio sobre la base de la reciprocidad; reformas sociales, guerra á los sindicatos y monopolios y valorización de las tierras públicas, entregándolas á colonos aptos y trabajadores; estímulos para favorecer la asimilación y la nacionalización de los inmigrantes extranjeros que se establezcan en la República; fomento de la agricultura, de la ganadería y de las vías de comunicación, especialmente los ferrocarriles; amplia libertad para discutir los actos del gobierno; tales son, en resumen, los puntos capitales del programa que se propone desarrollar el probable futuro presidente.

Escasas y contradictorias son las noticias que nos llegan del Paraguay. A falta de más y mejores datos, preciso es atenerse, por una parte, á la prensa de los países vecinos; por otra, á las declaraciones que hace en su Mensaje al Congreso el vicepresidente de la República en ejercicio del Poder ejecutivo.

Organos muy autorizados de la prensa del Plata y del Brasil nos pintan con los más negros colores la situación de la República del Paraguay bajo su actual gobierno. La normalidad tarda en restablecerse. Se había prorrogado el estado de sitio hasta el 31 de marzo del corriente año, y antes de llegar á este día hubo que decretar nueva prórroga, dando por razón la necesidad de consolidar definitivamente la paz y de extinguir «el espíritu anárquico que vicia nuestro ambiente.» Palabras son estas del mismo Sr. González Navero, presidente interino, quien declara además que los tres problemas capitales y de mayor urgencia que tiene que resolver el gobierno surgido de la revolución de julio, son el retorno al orden constitucional, quebrantado por aquélla; el restablecimiento de la paz interna, profundamente subvertido por obra de las facciones, y el remedio del malestar económico y financiero, ahondado por los desaciertos de administraciones tan imprevisoras como pródigas.

La cuestión más compleja, la más trascendental, la de más apremiante solución, es la financiera. Día tras día se agrava la crisis económica que viene sufriendo el país. Han contribuido á ello las malas cosechas, la agitación política, el exceso de importaciones. Pero estas son causas de efecto transitorio y tienden á desaparecer; la causa principal, la crisis monetaria, subsiste, y ningún gobierno podrá lisonjearse de poner el país á cubierto de parecidos desastres económicos, sin extirpar la raíz del mal; el billete inconvertible. Para remediar el daño, el gobierno ha convenido con el Banco de la República los preliminares de una negociación financiera que, á juicio del poder ejecutivo, responde á las exigencias de la situación económica presente. Consiste en la colocación de un empréstito en Europa, por medio del cual se buscará el saneamiento de la moneda, á cuya creciente desvalorización se deben, en primer término, todos los males que, en lo económico y financiero, vienen afligiendo á la República de tiempo atrás.

El 12 de agosto tomó posesión de la presidencia de la República de Bolivia el Sr. D. Heliodoro Villazón. Entraba en el ejercicio de su alto cargo en momentos bien difíciles, pues aún se mantenía en el país la efervescencia producida por la sentencia arbitral del presidente de la República Argentina en el famoso pleito de los límites perú bolivianos. Se comprende, pues, que á este asunto dedicase el nuevo presidente gran parte del Mensaje que dirigió al Congreso.

Presentando la cuestión desde el punto de vista boliviano, el presidente hacía constar ante todo que se había confiado al árbitro la facultad de fijar la frontera con arreglo á la que separó los antiguos virreinos del Perú y de Buenos Aires. El árbitro, pues, debía atenerse estrictamente á los títulos coloniales, y sólo por excepción, y en ciertos casos, podía apelar á la equidad, refiriéndose siempre al texto y al espíritu de aquéllos. Se trataba de un arbitraje muy análogo al que Venezuela y Colombia sometieron á la Corona de España. Ésta analizó detenidamente los títulos presentados, y en 1891 dictó laudo trazando frontera á satisfacción de ambas partes. Con este ejemplo y sus títulos incontrovertibles, Bolivia confiaba en que el árbitro argentino resolvería la

cuestión con sentencia semejante, tomando como modelo el criterio real y justo de la Corona de España. Y esa esperanza era tanto más fundada cuanto que los títulos que proceden de los antiguos virreinos de Buenos Aires y de Lima son más claros y más explícitos. Pero el árbitro argentino no ha seguido el ejemplo del español. Apartándose del texto del convenio arbitral de derecho para substituirle por un principio de equidad hijo exclusivo de su criterio, no consultó prueba alguna, ni dió valor á la posesión, y dictó su sentencia del 9 de julio trazando un límite por línea irregular y quebrada con evidente perjuicio de Bolivia en cuanto á las tierras que posee. El fallo en tales condiciones no se ajusta á las cláusulas del tratado *juris*. Y esto es tan cierto, que si Bolivia hubiera podido preverlo, jamás hubiese sometido sus derechos á semejante arbitraje.

Sea lo que fuere, tenga razón quien la tuviese en cuanto al fondo del pleito, el hecho es que se ha dado el caso, único en la historia del arbitraje, de que el jefe de uno de los Estados á quienes aquél interesa y obliga, critique en documento público el fallo del árbitro, y el poder legislativo de ese mismo Estado, el Congreso, se reúna en sesiones secretas para examinar la sentencia arbitral y discutir si procede ó no cumplirla.

El procedimiento no es, en verdad, muy correcto; mas preciso ha sido pasar por él para evitar la ruptura de relaciones entre Perú y Bolivia y acaso la guerra, en la que era probable que hubiesen intervenido á mano armada la Argentina y Chile.

Entre tanto, se habían abierto negociaciones diplomáticas entre las potencias directamente interesadas, y parece que se ha llegado á un arreglo satisfactorio, modificando en parte la línea trazada por el árbitro.

En Venezuela se agitan los amigos de Castro. Han pretendido, sin conseguirlo, que el Congreso diese dictamen sobre un mensaje ó comunicación que aquél le envió á modo de protesta contra los convenios ahora pactados con los Estados Unidos.

En la Cámara hay un partido, que acaudilla el general Peraza, adversario también de esos convenios, que considera humillantes para la nación; pero no se niega á votarlos, para evitar dificultades al gobierno y complicaciones con los yanquis.

Fuera de la Cámara, los castristas muestran mayor empuje; conspiran, ha sido necesario aprisionar á varios, y muchos funcionarios públicos no ocultan sus simpatías por el «restaurador de Venezuela.»

El Congreso colombiano de 1909 parece que tiene cierto carácter revolucionario en el sentido de lo que entre nosotros se ha dicho «revolución desde arriba.» Por ello, sin duda, la Sociedad de Agricultores de Colombia, en saludo que dirigió á los nuevos senadores y representantes, afirma que este Congreso ha de merecer en la Historia el calificativo de admirable, porque traerá las bases de la verdadera reconstrucción de la República.

Otros son ya también los hombres que dirigen los asuntos públicos en el poder ejecutivo. El general Reyes, enfermo ó acaso contrariado por la creciente oposición que encontraba, ha renunciado á la presidencia y le ha substituído provisionalmente el vicepresidente general González Valencia, que entró en el ejercicio de sus funciones, con nuevo ministerio, el día 7 del pasado agosto.

En esa tarea de reconstruir la República, ha de ser difícil que se pongan de acuerdo todos los partidos políticos y todas las clases sociales. Liberales y conservadores, centralistas y federales, militares, letrados, agricultores, etc., presentan soluciones distintas. Entre ellas merece citarse una moción dirigida al Congreso y patrocinada por la Sociedad á que antes nos referimos, en la que se expone un plan completo de reformas sobre la base del centralismo en la parte legislativa y en lo relativo á la conservación del orden público, y del sistema federal en todo lo demás.

Es preciso transigir y hacer un vigoroso esfuerzo de voluntad y un alarde de patriotismo, sacrificando intereses y vanidades, para evitar que siempre sean de actualidad las sublimes frases de Bolívar: «Hemos arado en el mar: no hay buena fe en Colombia, en los pueblos ni en los hombres; las Constituciones son libros; las leyes son papeles; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; la vida, un tormento: el único recurso que hay es emigrar.»

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



LA HORA DEL AMOR

I

Casi se le olvidaron sus años y sus prematuras dolamas al recibir la noticia; en sus ojos profundos brilló un relámpago intenso de suprema alegría, palpitó su corazón tumultuosamente y sus labios trémulos palidieron.

—¿Conque está Angeles en Madrid, la lindísima Angeles?..

Y con júbilo que no parecía cosa humana, alborozada la voz y ansioso el gesto, hizo llover las preguntas sobre su amigo, que aguardó pacientemente á que el aluvión cesara para contestarlas todas á la vez.

—Se diría que los años no pasan por ella; Angeles es la misma, la misma de siempre, gallarda y esbelta, con su carita infantil, su boca risueña y sus ojos negros, grandes, ilusionados y divinos, refulgentes de luz y de alegría... Un poco más gruesa, pero nada más que un poco, con una gordura que la

hermosea mucho, redondeando sus líneas delicadas sin hacerle perder su esbeltez. ¡Una real hembra!

Pedro escuchaba embelesado las palabras de su amigo, como se escucha una armonía que nos recuerda placeres lejanos y nos devuelve esperanzas perdidas, sumiéndonos en la sedante poesía del ensueño. Ansiosamente, como si de la respuesta dependiera su felicidad, preguntó:

—¿Y ha olvidado á los amigos? ¿Se acuerda de mí?

Se acordaba. Precisamente él, Paco Sotomayor, le visitaba aquella tarde para decírselo. No sólo preguntara por él, sino que había manifestado grandes deseos de verle para que charlasen de tiempos pasados rebosantes de sentimentalismo poético. ¡Conservaba de él una memoria tan grata!

Cayó Pedro en meditación profunda. Nunca como en aquella tarde encontró la vida tan amable y esplendente. Parecióle como si de golpe le quitaran veinte años de encima y se consideró el más feliz de los hombres. La poesía santa del recuerdo inundó su alma é hizo vibrar sus nervios placenteramente. Veía á Angeles, pero no á la que acababa de describir su amigo, sino á la niña vivaracha y alegre de diez y seis años, fresca y lozana como flor de abril, y sonriente y bulliciosa como las polifonas mañanas primaverales, repletas de arrullos, de cantos y de trinos y deslumbrantes de luz. Él tenía entonces veintitrés años, y sintió por Angeles la pasión loca, el amor único, ese amor que nos acompaña toda la vida, tal vez porque no se satisface nunca; ese amor puro é inmenso que sobrevive á todas las catástrofes humanas; el amor que sabe sufrir sonriendo y llorar en las horas de soledad y misterio, y que no teme ni á la traición ni á la muerte.

Fueron dos años breves como la felicidad de las almas tristes; dos años de lucha y de sobresalto, de venturas fugaces y de promesas ardientes. Sufrieron mucho, lloraron largas horas, sonrieron breves instantes; pero tenían el brillante tesoro de la juventud, compañera de la Esperanza y amiga de la Ilusión, y gozaban de los deleites puros del amor correspondido.

Entre aquellos dos seres, dulces y amorosos, erguía amenazante, desconfiado y cruel D. Francisco



Acodada en una mesa empezó ansiosamente la lectura

Torres, padre de Angeles. Era hombre rudo, hosco y tiránico, enriquecido en los azares de una vida aventurera y laboriosa. Por miedo á quedarse solo, fué enemigo de aquel amor, y en previsión de que alguien intentara robarle aquel tesoro de hija, constituyóse en su vigilante perpetuo siempre alerta.

Pero el amor, el agosto amor, padre fecundo de la vida, todo lo puede, todo lo resiste y lo avasalla todo; para él no hay obstáculos insuperables; obra como el sol que deja sentir su benéfica influencia hasta en las habitaciones cerradas; escala fortalezas y se abre paso á través de los más fuertes muros; es pujante y poderoso como el fuego divino de que está formado, y ardorosamente sagaz, sabe hacer cómplices suyos á los seres, á las cosas y á las circunstancias.

Angeles y Pedro seguían amándose. El amor les hizo irreverentes y se cambiaron cartas en la iglesia, favorecidos por la penumbra misteriosa de las capillas; les hizo audaces y se hablaron en los paseos y en los teatros, aprovechando todas las ocasiones. Jamás ojos humanos hablaron tanto como los ojos profundos y brillantes de él, y los negros, rasgados y divinos de ella. Hasta que un día D. Francisco Torres, cada vez más alarmado y temeroso siempre de que le robasen el único alimento de su corazón, ordenó hacer el equipaje y salió de Madrid con su tesoro, sin que nadie supiese el rumbo que había tomado.

Recibió algunas cartas Pedro; cartas apasionadas y ardientes que, sin duda, fueron escritas entre sollozos. Después... nada. Escribió varias veces también, sin saber á punto fijo adónde dirigir sus cartas...

¡Y hacia veinte años de todo esto! ¡Con qué placer iba á volver á verla! ¡Cómo se había alborozado su corazón al saber que Angeles estaba en Madrid, que se acordaba de él, que le llamaba!

Y no quiso salir aquella tarde, esperando la hora de la cita. A las diez precisamente habían de reunirse en casa de Angeles los viejos amigos para celebrar su llegada é instalación definitiva en Madrid. Sería aquella una velada íntima y deliciosa; una de esas fiestas en que el elemento principal está en el cora-

zón, que se asoma á los labios en conversaciones sabrosas y en sonrisas elocuentes.

A las ocho cenó con la impaciencia febril del viajero que, contando con pocos minutos, quiere cenar y no perder el tren. Pasó á sus habitaciones para acicalarse como mozo enamorado que pretende gustar á la mujer amada; lavóse y perfumóse, buscó entre su ropa la más elegante y dió principio á la tarea de vestirse. La ilusión, la poderosa ilusión, hacía hervir su sangre; veíase como circundado por una luz refulgente y jocunda, y su cabeza se llenaba de ensueños juveniles. Veíase ante Angeles, libre y feliz, consagrándose á aquel gran amor de toda su vida, en una juventud potente, gloriosa y eterna. En su viva imaginación de hombre meridional bailoteaban todas esas nimiedades deliciosas de que se compone el amor.

Al ponerse la corbata ante el gran espejo del armario, una tristeza infinita invadió su alma y desvaneciéronse mágicamente sus ilusiones y cesaron sus sueños. Contemplóse por largo rato con pena creciente y se reprochó aquellas alegrías inmotivadas y locas. La lógica, la fría y descarnada lógica, habló en él, dejando oír su voz agria y desgarrándole el corazón. Parecíale que un genio travieso y cínico bailoteaba ante sus ojos, y entre carcajadas y ridículas contorsiones le decía:

—¿Qué haces, ente ridículo? ¿Qué haces? ¿Por qué te acicalas y empeñofollas como una damisela? ¿Pretendes convertirte por obra mágica en mensajero de amor? ¿Adónde vas, infeliz soñador, con tu frente despoblada, con tu cabeza encanecida, con tu bigote gris? Ve que la divina Venus se te reirá en las barbas. El amor es patrimonio de la juventud ágil, poderosa é ilusionada; el amor tiene su tiempo, que es breve como una hora feliz arrancada al implacable destino. Tú, pobre desventurado, careces ya de fuerzas para uncirte dignamente al carro esplendoroso y triunfante del amor. Hernani es grande porque es joven; Hernani puede ser loco y sublime amando á doña Sol; Ruy Gómez de Silva, viejo y desmedrado, será siempre ridículo, deplorablemente ridículo. Lo que en los jóvenes es locura sagrada, es en los viejos liviandad. Suena á cada momento la hora sublime del amor, pero no suena ya para ti.

La tristeza, con todo su desolante cortejo de pesadumbres, cae sobre el corazón de Pedro, que se desplomaba en una butaca exhalando un suspiro desgarrante como un sollozo. ¡Lo que dice el genio cínico y burlón, en su ironía hiriente y suprema, es verdad!

II

La noche pasó; despidióse el último invitado y Pedro no había comparecido. Sobre el espíritu de Angeles cayó una melancolía infinita y sintió agobiado el corazón por pesadumbre insoportable. Tras de soñar tantas y tantas veces con aquella alegría, la hora alegre no llegaba. Por primera vez encontró Angeles la vida inútil, y durante un instante experimentó vehementísimos deseos de morir.

De pronto prorrumpió en sollozos afixivos. Llo-

raba como no recordaba haber llorado nunca, como se llora cuando perdemos lo que nos era más grato y amado. Encogida y triste, acurrucada en una butaca, permaneció largo rato, absorta en esa desesperación profunda y sombría que hace pensar en la muerte como en el más preciado de los bienes.

—Durante la reunión trajeron una carta para la señorita, dijo la camarera.

—¿Una carta?, preguntó Angeles poniéndose vivamente en pie.

—¿Quiere la señorita que se la traiga?

—No, voy al despacho.

Y salió pálida, con los ojos enrojecidos, sin poder disimular su impaciencia, porque estaba segura de que nadie que no fuese Pedro podía escribirle, sobre todo aquella noche.

Acodada en la mesa empezó ansiosamente la lectura:

«¡Alma mía! Paco Sotomayor me ha proporcionado hoy uno de los goces más puros y más intensos de mi vida. Si te digo que me sorprendió su visita pensando en ti, no miento. Veinte años van á cumplirse de tu desaparición, y día tras día tu memoria me acompañó veinte años. Primero fué tu recuerdo para mí como una enfermedad punzante que me desgarraba las entrañas haciéndome enloquecer. Luego esta fiebre extraordinaria, terrible y estúpida, fué calmándose. Empecé á comprender desolado que el Destino, superior á todas las fuerzas humanas, nos separaba para siempre; que tal vez habiendo nacido el uno para el otro, estábamos condenados á no reunirnos nunca.

»Decirte ahora que he pasado la vida suspirante y acongojado pensando en ti, fuera malvada hipocresía; reí y gocé cuanto me fué dable; pero en los momentos más difíciles y solemnes de mi vida, una tristeza plácida caía sobre mi corazón, melancolía inexpresable llenaba mi alma, y me echaba á soñar como un chiquillo, pensando en la dicha suprema que hubiera sido entonces tenerte á mi lado.

»Vivir de la dulce poesía de un sagrado recuerdo, es vivir una vida melancólica y solitaria, pero feliz. He vivido así por tu causa. Por eso, cuando esta tarde me dijo Sotomayor que te encontrabas en Madrid, divina, seductora y alegre como siempre, experimenté tan inmensa alegría, que hubo momento en que temí desmayarme.

»Al quedarme solo experimenté una emoción extraordinaria, profundísima é intensa; creí que tu llegada á Madrid era para mí el amor, la juventud y la vida que vuelven. Me he sentido abrasado por todos los amores y la sangre ha corrido por mis venas tumultuosamente, y con impaciente regocijo he esperado la hora de la cita.

»Durante ese tiempo pensé en mil niñerías, en esas nonadas deliciosas que tienen la fecunda virtud de hacer más amplia y más poética la vida. Pero ¡ay, alma de mi alma!, la ventura ha sido para mí tan fugaz como el relámpago cárdeno en la noche tenebrosa y profunda; la Razón, mostrándose conmigo sañuda y cruel, ha destrozado mi corazón presentándome ante los ojos angustiados la desoladora realidad; esa realidad á que no pueden descender los soñadores sin experimentar vehementes deseos de morir.

»Tú conociste á un Pedro joven, ágil, bullicioso, lleno de jugosa y jocunda juventud... ¡Yo no soy ya

aquel Pedro de hace veinte años! Sé que continúas divina y fresca como flor no acabada de abrir; sé también que conservas de mí un gratísimo recuerdo;

sión insensata que en la edad madura nos hace risibles, me arrastraría á tus pies suplicante y cansino, y no puedo consentir que veas en mí un ente ridículo y despreciable.

»Por eso mi decisión es firme. Se ha desvanecido como humo liviano la insensata alegría que me produjo la noticia de tu llegada á Madrid, y sufriendo cruelmente, porque te amo, pero evitando un martirio mayor, decido hacer un largo viaje y alejarme de ti, ¡cuando el único deseo de mi vida ha sido el de tenerte cerca!

»Mañana el primer tren llevará en uno de sus vagones al Pedro de hoy, ridículo y viejo, para que permanezca intacto en tu memoria el joven y amoroso que ha sabido amar hasta la edad en que el egoísmo suele asentar su imperio en los corazones.

»Beso tus ojos divinos y esa boca que tantas veces habrá pronunciado con amor el nombre de tu leal—Pedro.»

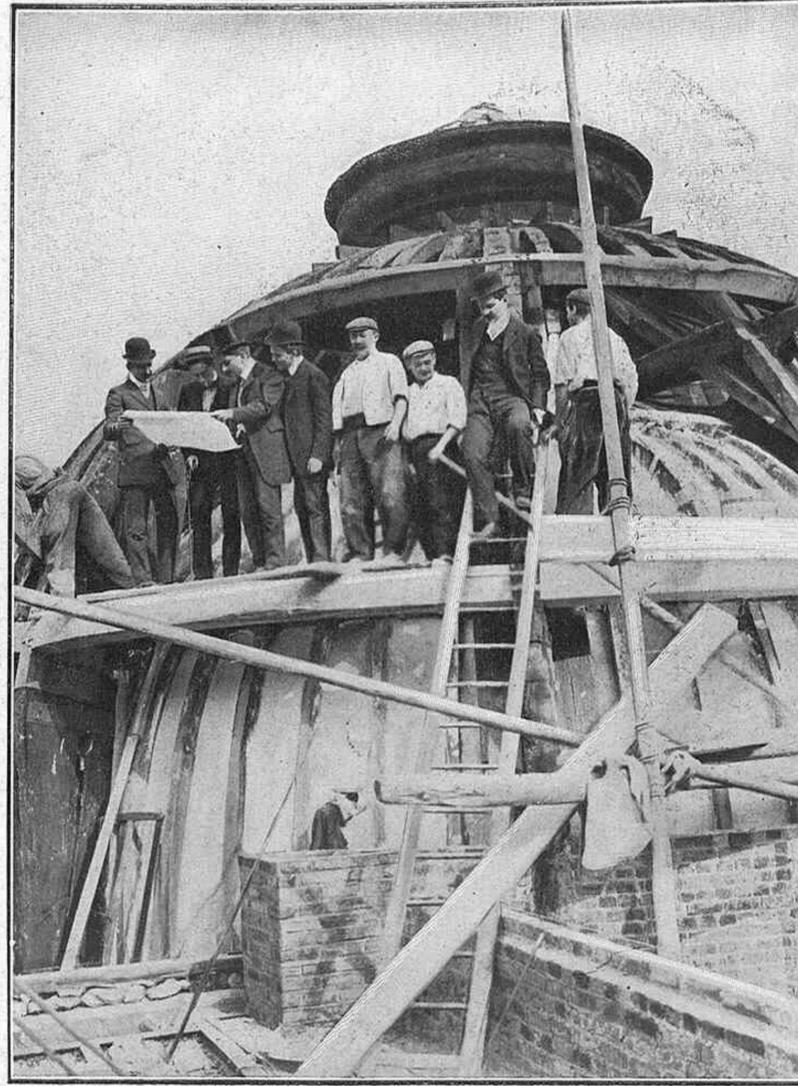
Angeles llora. Las lágrimas de aquel hombre adorable se avivan en algunos manchones de la carta donde la tinta aparece corrida, y las de Angeles se confunden con ellas. No es grande su amargura, porque se sabe amada, pero es profundísima su emoción. La excelsa poesía que aquella carta atesora ha despertado en ella un tumulto de deseos y ha derramado en su alma un bálsamo de virtud mágica.

Pronto acaba el llanto y parece sumida en éxtasis delicioso. Un estremecimiento que sacude todos sus nervios le hace volver en sí, y como quien se ve acosado por un pensamiento repentino que reclama gran urgencia, coge la pluma y empieza á escribir febrilmente...

La aurora se levanta, descorriendo con sus dedos suaves y rosados los velos de la noche.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

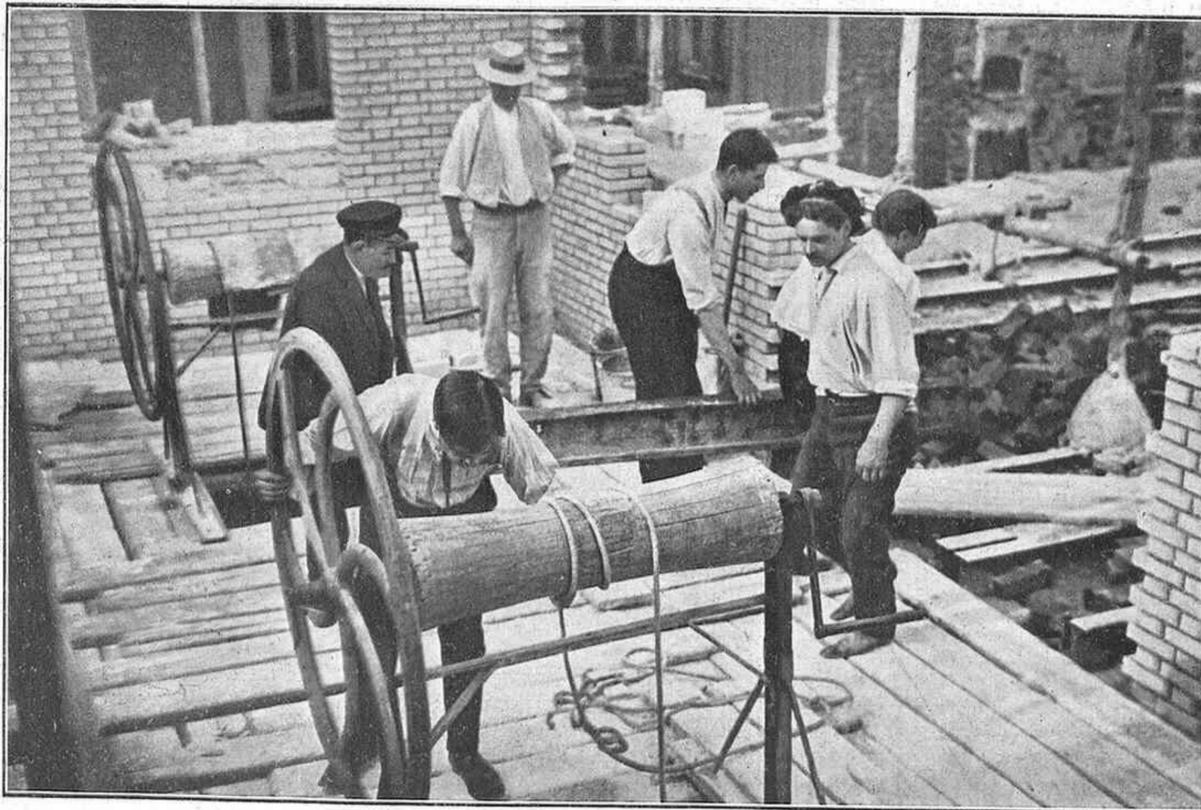
(Dibujo de Mas y Fondevila.)



París.—Estudiantes trabajando en la terminación del edificio de su asociación en substitución de los obreros declarados en huelga. (De fotografía de M. Branger.)

estoy seguro de que amas todavía un poco á aquel Pedro que por tu amor se desvivía... Conserva ese recuerdo grato, dulce y lleno de poesía. ¡Me parece un crimen ir á arrebatártelo con mi presencia!

»Cierto que el corazón no envejece, pero el corazón no se ve en la cara y yo tengo la mía envejecida.



París.—Estudiantes subiendo una viga de hierro á lo alto del edificio de su asociación (De fotografía de Harlingue.)

¡Angeles! ¡Angeles! ¡Me encuentro extrañamente ridículo para el amor! ¡La hora bendita ha pasado ya!

»Comprendo que mi corazón no se conformaría con ser sólo tu amigo; que enamorado, con esa pa-

LOS ESTUDIANTES CONVERTIDOS EN OBREROS

A consecuencia de una huelga de obreros montadores y de algunas diferencias de carácter económico con el contratista de la obra, quedaron hace pocos días en suspenso los trabajos en el edificio que para la Asociación de Estudiantes se está levantando actualmente en París.

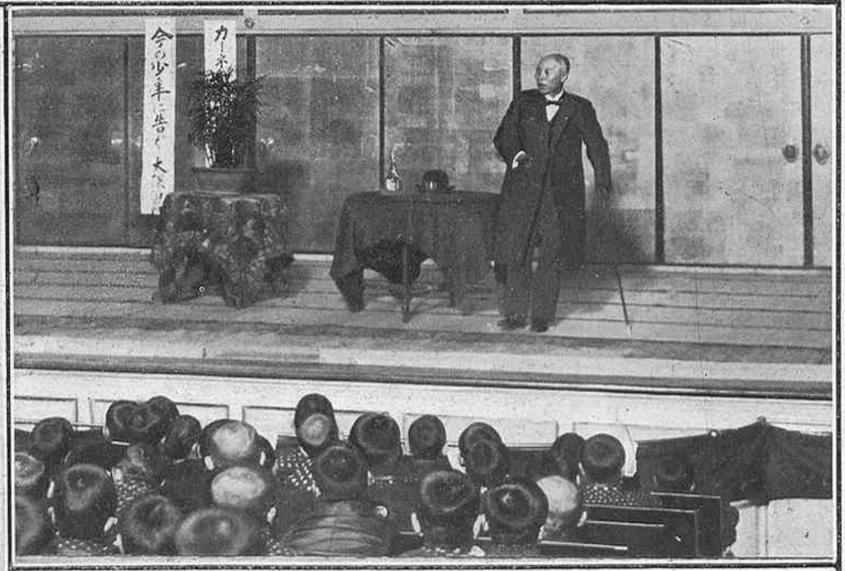
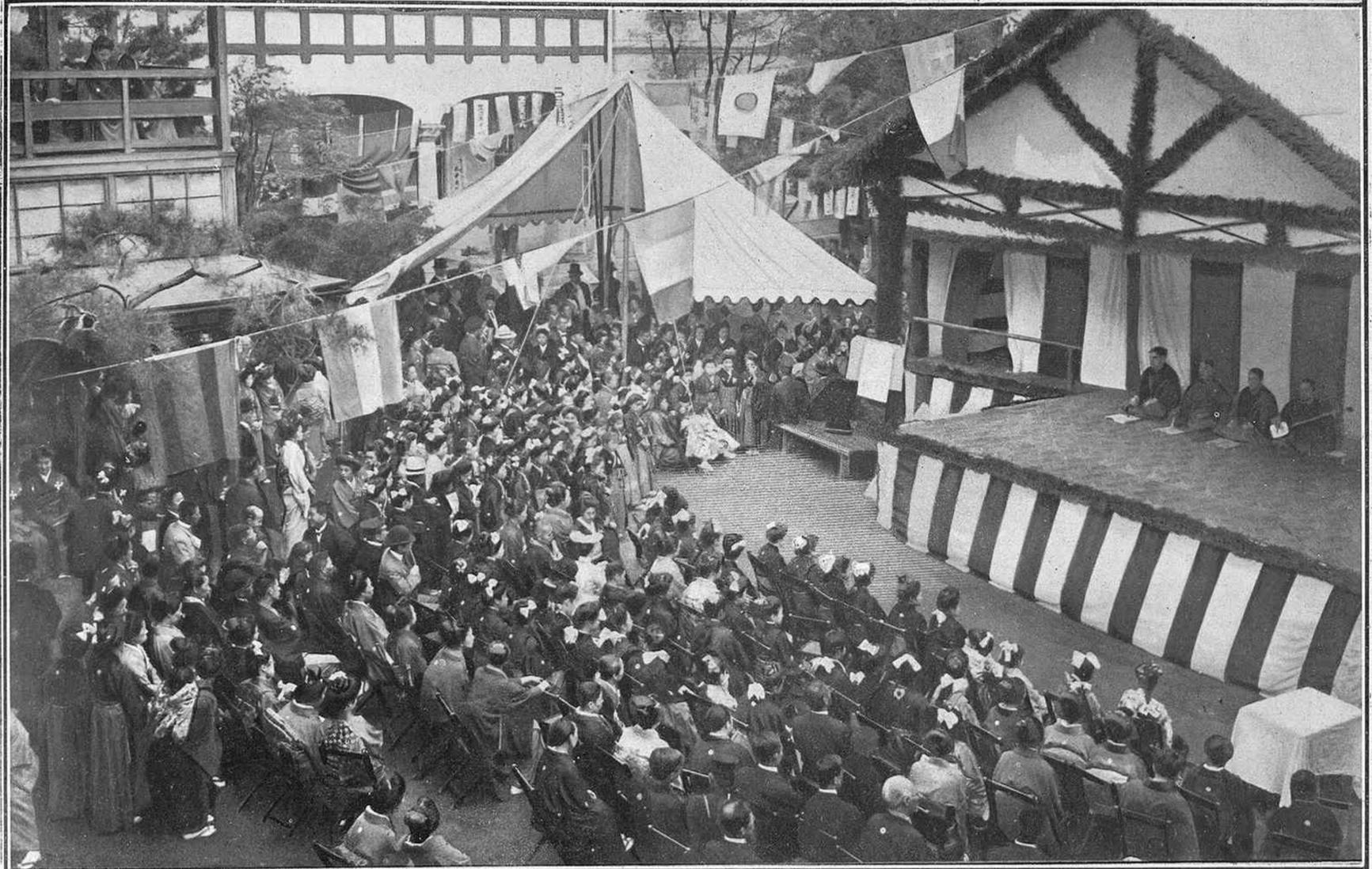
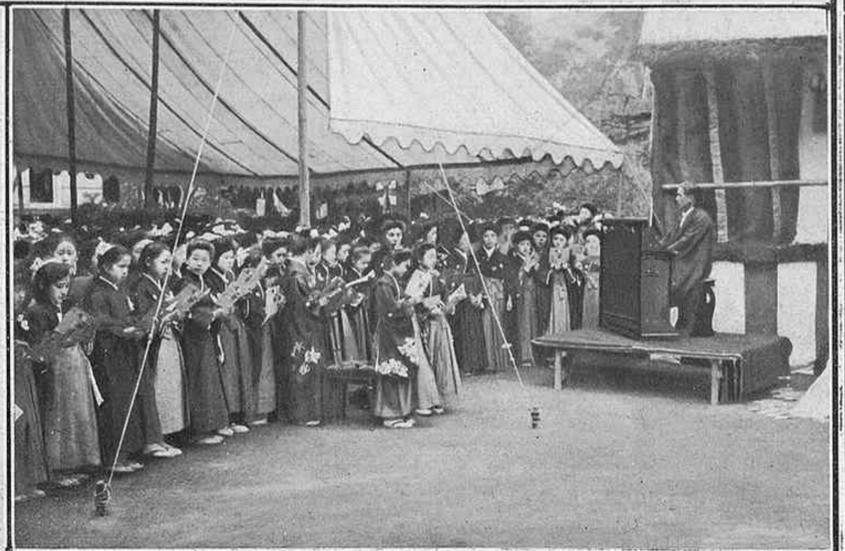
Los estudiantes tenían empeño en terminar su casa para el día 15 de octubre, y aquella suspensión, por consiguiente, significaba para ellos una gran contrariedad; pero lejos de desanimarse y esperar á que las dificultades pendientes se solventasen por los procedimientos ordinarios, resolvieron poner ellos mismos manos á la obra y substituir á los obreros huelguistas.

Y en efecto, una veintena de miembros de la Asociación, dirigidos por el presidente de ésta, se pusieron á trabajar en lo más urgente, que era colocar grandes vigas de hierro en la techumbre, con lo cual el edificio quedó en condiciones de que los albañiles, que no huelgan, pudieran con-

cluirlo para la fecha indicada. Los estudiantes trabajaron con actividad y entusiasmo; se comprende, ya que les movía, no el afán de la ganancia, sino el deseo de dejar bien puesto el nombre de su Asociación.

PARÍS

TOKÍO.— FIESTA CELEBRADA POR LA ASOCIACIÓN PATRIÓTICA DE DAMAS JAPONESAS
 EN EL PALACIO DE LA MARQUESA DE NABESHIMA



Damas de la Asociación en los jardines del palacio.—Coro de niñas alumnas del Instituto de Señoritas.—Intermedio musical japonés.—La princesa Higashisushimi pronunciando un discurso.—El conde Okuma, ilustre hombre de Estado japonés pronunciando un discurso
 (De fotografías de Carlos Delius.)

EL DESCUBRIMIENTO DEL POLO NORTE POR EL DR. COOK



El Polo Norte.— Reproducción de la fotografía tomada por el Dr. Cook; en ella se ve la cabaña de hielo en que habitó el explorador durante los dos días que permaneció en el Polo y en la que izó la bandera de los Estados Unidos. También se ven los dos esquimales que acompañaron al doctor. Esta fotografía única nos ha sido comunicada por el «Photo News Service.»

En el número 1.447 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos del descubrimiento del Polo Norte por el Dr. Cook, primero, y por el comandante Peary, después, así como de la polémica que, promovida por este último, se había entablado entre los dos intrépidos exploradores.

La causa del Dr. Cook desde entonces ha ganado de día en día más numerosos adeptos, á lo que ciertamente ha contribuido no poco la publicación que del relato de su expedición ha empezado á hacer el *New York Herald* y sobre todo la reproducción de algunas fotografías por aquél tomadas: lo mismo en el relato que en las fotografías hay tanta sinceridad, tal ausencia de afectación, que los más recalcitrantes han debido convencerse de la veracidad de las afirmaciones del doctor, y hoy casi nadie pone en duda que éste llegó efectivamente al Polo Norte. Lo que no excluye en modo alguno que también llegase allí un año después que él el comandante Peary; posibilidad que Cook no ha negado nunca.

La narración minuciosa de su viaje que, como hemos dicho, está publicando uno de los más importantes periódicos neoyorkinos, será seguramente de gran interés; pero es difícil que refleje las impresiones que sintió el explorador al llegar á la ansiada meta de una manera tan admirable como el primer telegrama que envió al mencionado diario desde las islas Shetland y en el cual explicaba la última parte de su viaje.

Desde el 16 de febrero al 19 de abril de 1908, el doctor y los dos esquimales que le acompañaban solo paso podíamos pasar de un lado á otro de la tierra, de mediodía á media noche,

habían sufrido mucho á consecuencia del frío. En un principio habían cruzado un territorio muy abundante en caza, en el que mataron 101 bueyes almizcleños, 7 osos y 335 liebres; pero á medida que avanzaron hacia el Norte, faltóles ese elemento de alimentación y hubieron de comerse sucesivamente hasta la mitad de los perros que arrastraban sus trineos. Al fin alcanzaron los 89° 59' 46" de latitud; estaban, pues, á 25 kilómetros del Polo.

«¡Nos hallábamos á la vista del Polo!—decía el Dr. Cook en aquel telegrama.—Salvamos los 14" que nos faltaban, hicimos algunas observaciones y dijimos á Etukishoot y á Ahwelsh (los dos esquimales que le acompañaban) que habíamos llegado á la gran meta.

»Teníamos el Sur en todas direcciones; dando un

»Al fin pudimos hacer flotar nuestra bandera á las brisas del Polo.

»Era el día 21 de abril de 1908; el termómetro marcaba 38° centígrados; la latitud era de 90°.

»En cuanto á la longitud, no era para nosotros más que una palabra.

»Aunque ebrios de alegría, nuestro ánimo comen- zó á sentir una depresión de decaimiento.

»Al otro día, después de haber tomado todas nuestras observaciones, nos embargó un sentimiento de intensa soledad cuando contemplamos el horizonte.

»¡Es posible que esa región desolada, desprovista de toda tierra, haya de tal modo excitado la ambición de tantos hombres durante tantos siglos!

»¡Ninguna tierra; una inmensidad de nieve de

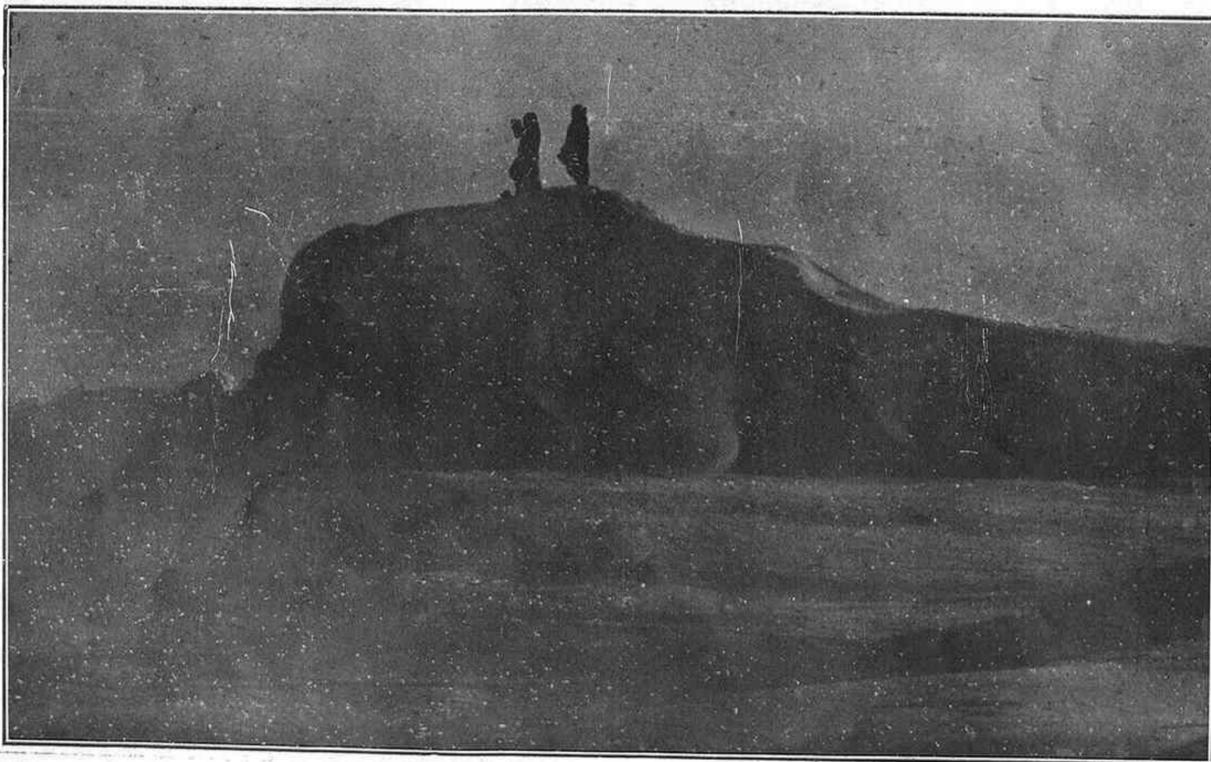
deslumbrante blancura; ni un ser viviente; ni un punto que rompiera aquella monotonía espantosa!

»El día 23 de abril emprendimos el camino de regreso.»

¡Cuánta sencillez, cuánta sinceridad en la descripción de aquel momento sublime para la vida de un hombre, trascendental para la historia de la ciencia!

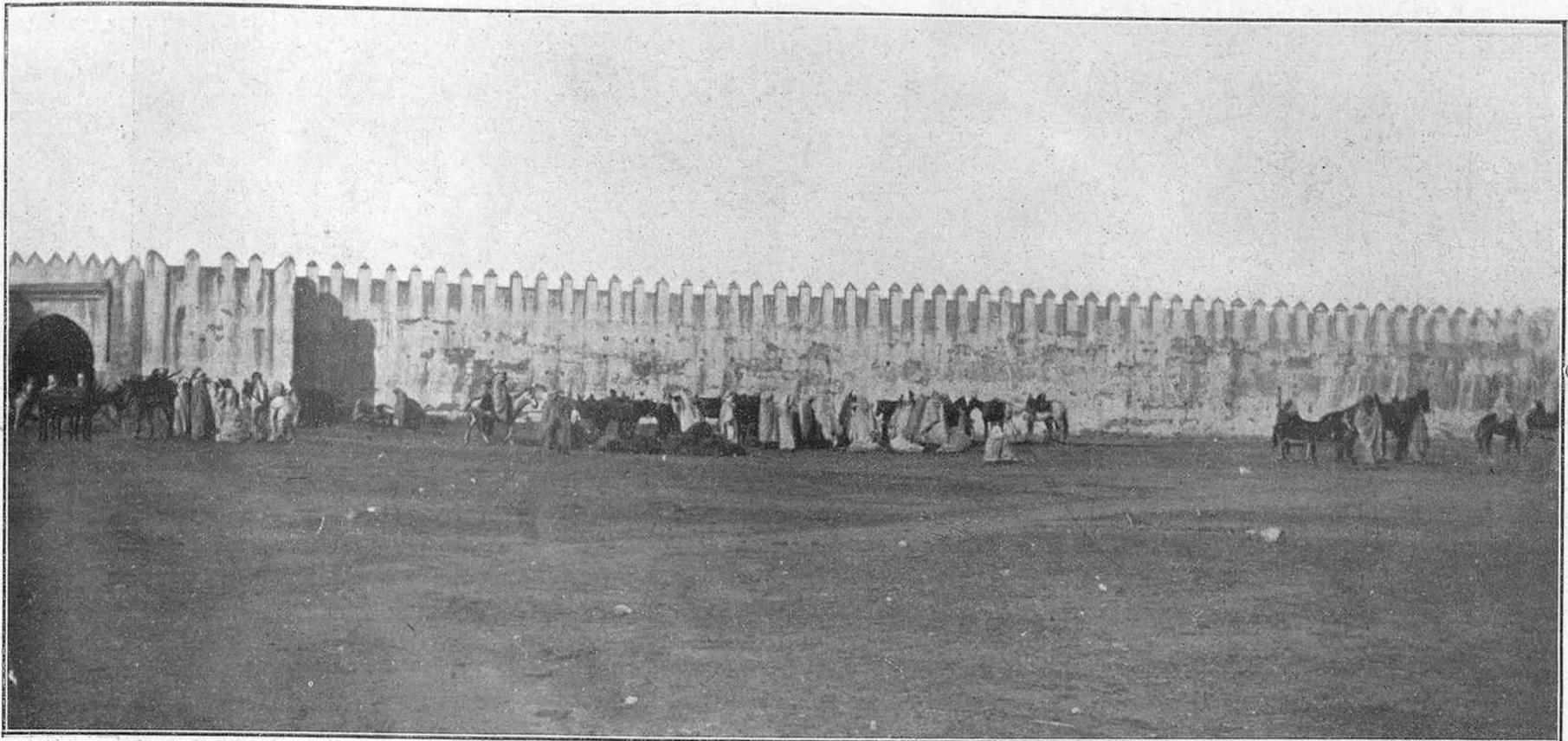
El Dr. Cook, al ver realizado el sueño que durante tanto tiempo acariciaba y resuelto uno de los más grandes problemas, y acaso el más difícil, que durante tantos siglos han preocupado á la humanidad, no piensa en la gloria que acaba de conquistar, y olvidándose de sí mismo, de sus esfuerzos, de sus sacrificios, de sus sufrimientos, siente el alma oprimida en presencia de aquellas

soledades y dedica un piadoso recuerdo á los que le precedieron y sucumbieron en la empresa.—T,



A la vista del Polo Norte. (De fotografía comunicada por el World's Graphic Press.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de Rittwagen.)



La alcazaba de Zeluán, que fué tomada por nuestras tropas el día 27 de septiembre último

Cuando escribimos esta nota, reina en toda España grandísimo entusiasmo; y preciso es confesar que pocas veces ha sido tan justificada como en estos momentos la explosión unánime del júbilo nacional. La bandera española ondea en lo alto del Gurugú, es una montaña considerada poco menos que inexpugnable y estimada como la llave de la dominación del Rif; esto solo explica aquel entusiasmo y este júbilo, tanto más cuanto que la conquista de aquella posición formidable se ha realizado casi sin derramamiento de sangre, merced á una serie de operaciones preparatorias tan admirablemente concebidas por el general Marina como perfectamente ejecutadas por las diferentes fuerzas que en ellas han tomado parte.

No disponemos de espacio para relatar minuciosamente estas operaciones, así es que habremos de limitarnos á dar de ellas somera noticia, continuando el relato en el punto en que lo dejamos en el número último y tomando los datos de los partes oficiales que, dicho sea entre paréntesis, son un modelo de sobriedad poco común en documentos de este género, sobre todo cuando las nuevas que contienen son nuevas de continuadas victorias.

El día 26 fueron reforzadas las posiciones conquistadas con la división Tovar, que á las seis de la mañana salió de Melilla y á la una quedaba acampada en el valle de Nador.

En la mañana del 27, dos columnas, al mando de los generales Orozco y Tovar, salieron de Nador hacia Zeluán. La primera, la de la derecha, constantemente hostilizada, avanzó rechazando al enemigo, que acabó por refugiarse en la alcazaba, de donde también hubo de retirarse; la segunda, la de la izquierda, efectuó un movimiento envolvente con objeto de alejar á los moros que por aquel lado pudieran presentarse.

A la una, y después de haber cañoneado previamente las posiciones inmediatas, entró en la alcazaba de Zeluán la columna Tovar; una hora después, entraba allí la del general Orozco. Formadas todas las tropas en la explanada, izóse la bandera española entre los vivas y las aclamaciones de los soldados. Poco después llegó el general Marina, que desde el monte Tauima había dirigido aquella operación.

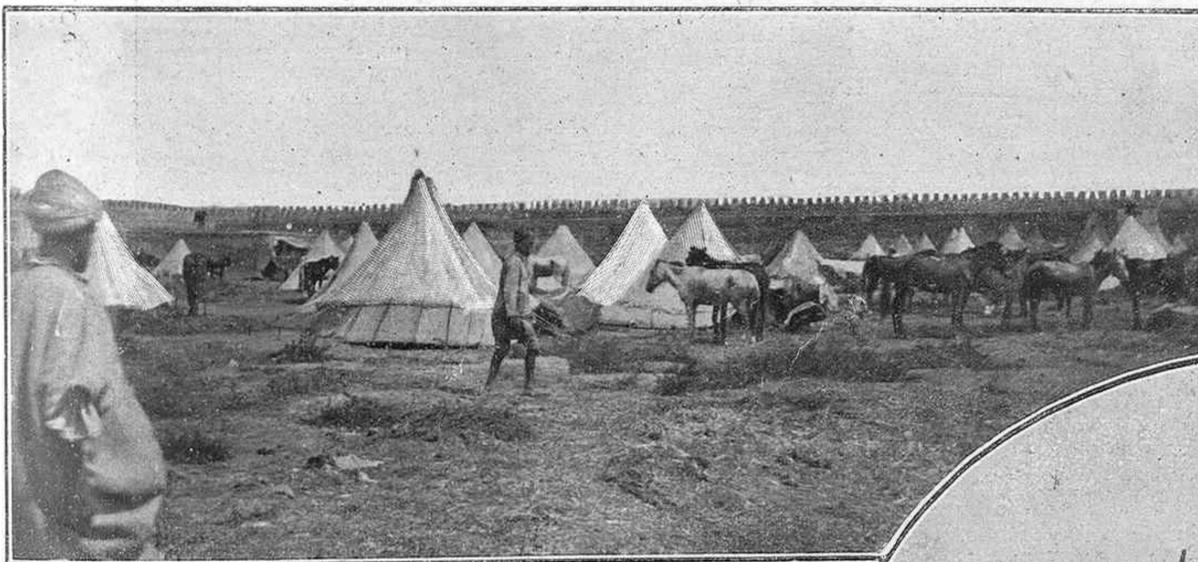
Durante la madrugada del 28, las fuerzas del general Sotomayor que ocupaban el zoco de El Had fueron atacadas rudamente por un grupo numeroso de rifeños que llegó hasta las

laderas del Gurugú, yendo á la vanguardia la policía indígena y los refugiados de Frajana y Mezquita, capitaneados por el Gato; los rifeños, al divisar nuestras tropas, huyeron precipitadamente sin disparar un tiro. Sucesivamente fueron ocupados varios picachos del monte, y poco antes de las ocho la bandera española era izada en el pico más alto del Gurugú. El momento fué solemnísimamente emocionante: la artillería de todos los campamentos, la de la escuadra y la de Melilla, dispararon salvos y en todas partes los soldados prorrumpían en estruendos vivas á España.

En la plaza el entusiasmo fué indescriptible cuando se vió ondear la enseña nacional en lo alto de la montaña, cuya ocupación, unida á la de Nador y Zeluán, nos asegura la posesión de la parte del territorio rifeño que nos es tan necesaria para el mantenimiento y la ampliación de nuestros dominios y de nuestra influencia en África.

No menos grande ha sido, como decimos al principio, el que en toda España ha producido la noticia de la toma del Gurugú, y por millares se cuentan los telegramas de felicitación que las representaciones de todas las fuerzas vivas del país han dirigido al general Marina, al ejército de África y al gobierno. Todos merecen elogios, pero indudablemente la mayor parte de la gloria conseguida corresponde al general Marina, que sin precipitaciones peligrosas, atendiendo únicamente á buscar las mayores probabilidades para el triunfo definitivo y sacrificando la brillantez de las operaciones á su afán por ahorrar la sangre del soldado, ha llevado esta campaña con una pericia y un tacto que han sido la admiración, no sólo de España, sino también del extranjero.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al asociarse al júbilo que toda la nación siente, envía también sus más fervientes felicitaciones á nuestro ejército de África y á su ilustre general en jefe, que tan alto han puesto el nombre de nuestra patria, avivando así las esperanzas que todos sus hijos tenemos puestas en su porvenir. — R.



Interior de la alcazaba de Zeluán

El día 21 las tropas vivaquearon en las posiciones conquistadas el día anterior, atrincherándolas y fortificándolas.

El 22, á las once de la mañana, pusieron en movimiento la división Sotomayor y seis batallones de la de Tovar, yendo de frente aquella y en movimiento envolvente éstos, desde Taxdirt hasta Sidi Um. A las tres de la tarde el general Sotomayor ocupaba el zoco El Had, de Benisicar, sin más bajas que seis heridos y un contuso, y el general Tovar conserva a las posiciones desde donde había ayudado la operación. Los moros se retiraron desordenadamente, batidos por los fuegos concentrados de fusil y de cañón de las dos columnas.

El día 23 transcurrió sin novedad, y el 24 efectuó su entrada en Melilla el general Tovar con parte de sus fuerzas, siendo objeto de un recibimiento entusiasta.

El 25 la división Orozco salió de Pozos de Aograz dividida en dos columnas que, después de haber sido rudamente hostilizadas, ocuparon la altura de Tauima, en donde quedaron algunas fuerzas, marchando el resto hacia Nador, poblado en el que entraron nuestras tropas, que á la vez ocuparon las alturas que lo dominan.

alambradas del campamento. Hubo momentos en que se combatió cuerpo á cuerpo, pero al fin el enemigo fué rechazado, no sin habernos causado cinco muertos, entre ellos un comandante, y quince heridos. En las demás posiciones no ocurrió en aquel día novedad alguna.

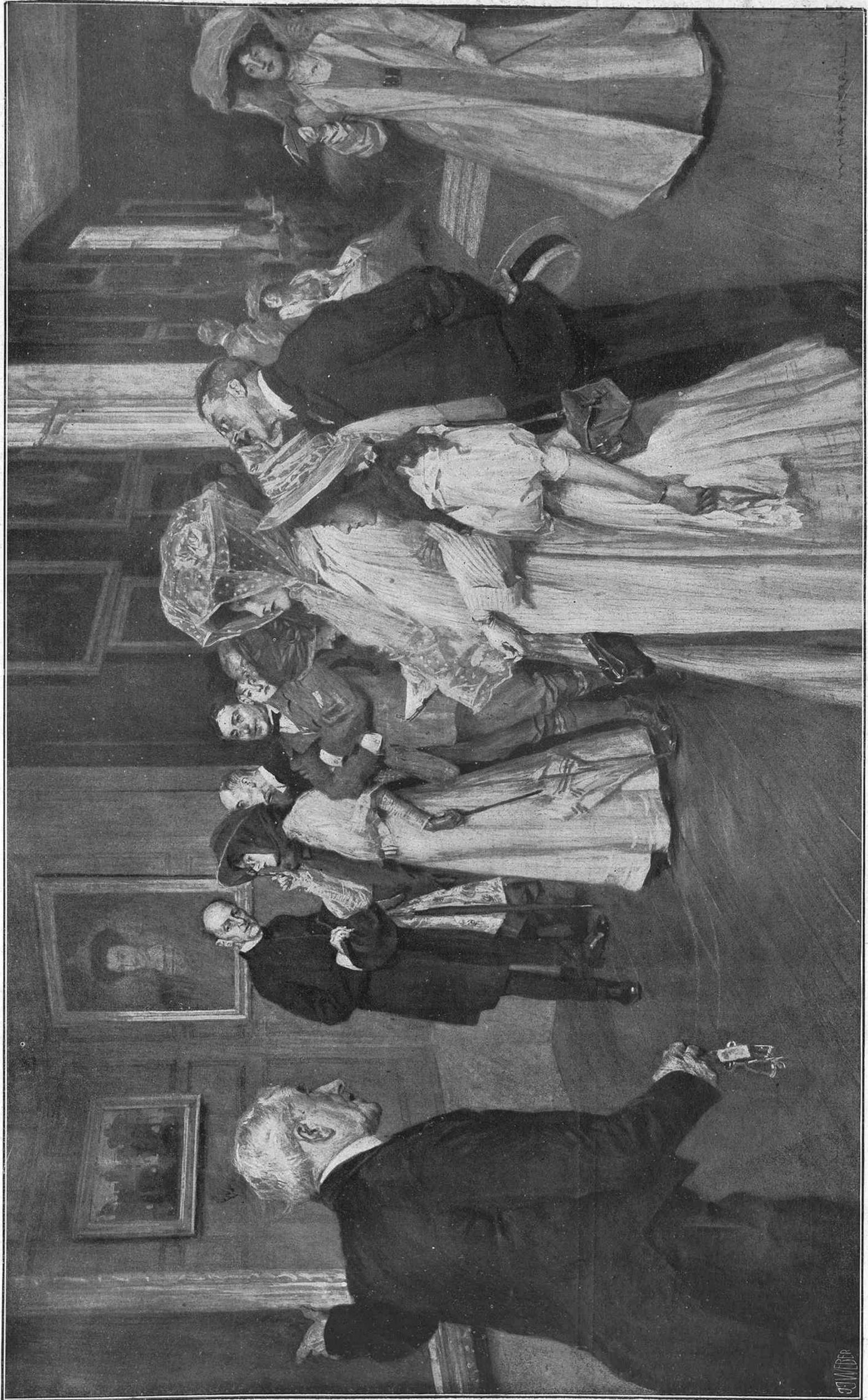
Al amanecer del día 29 salieron de Melilla fuerzas de la guarnición de aquella plaza al mando de los generales Arizón y del Real. Comenzaron á preparar por



Viviendas moras en el recinto de la alcazaba de Zeluán



JOSE HAYDN, cuadro de V. de Paredes



LA VISITA AL MUSEO, cuadro de W. Hatherell

LA CATÁSTROFE DEL «REPUBLICQUE»

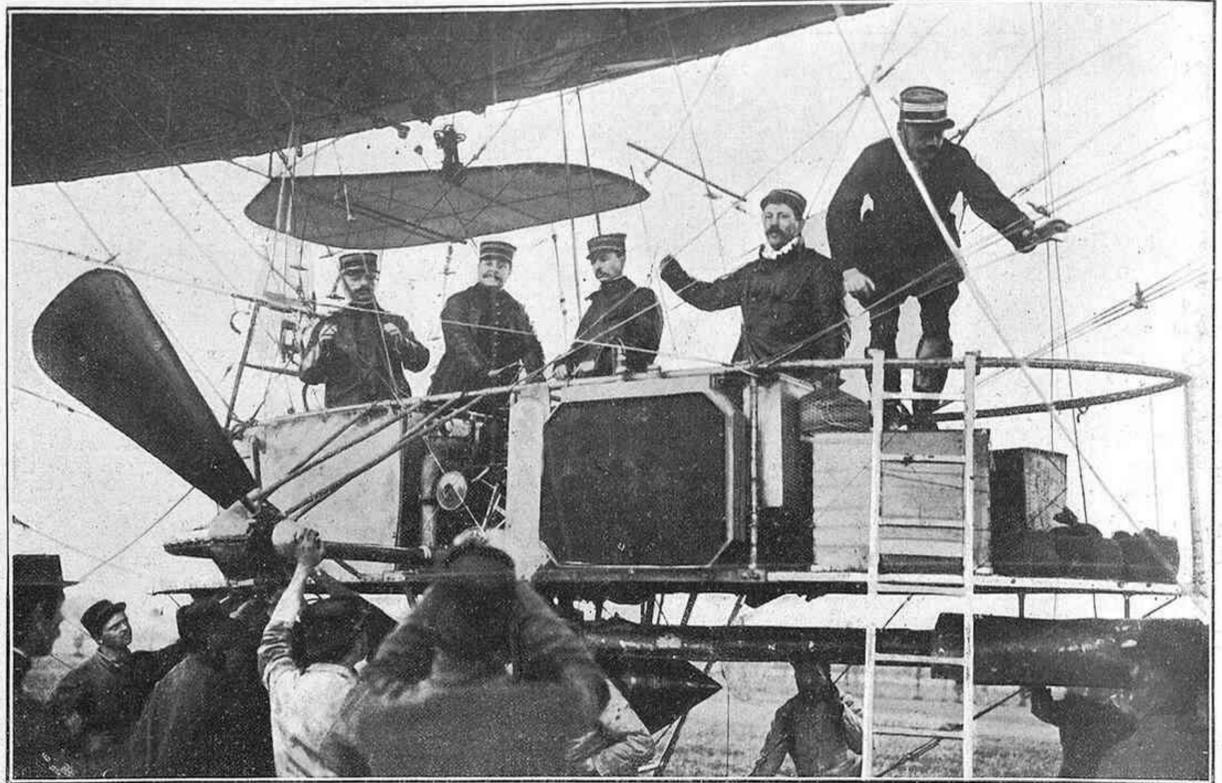
La pérdida del *Republique*, del hermoso dirigible militar que con razón constituía el orgullo del ejército francés, ha sido para Francia un rudo y dolorosísimo golpe, así por la destrucción del magnífico aparato que tanto y tan legítimo entusiasmo había excitado en las últimas maniobras, como por la muerte de los cuatro tripulantes que en él iban cuando se produjo la catástrofe.

El *Republique* había salido de su cobertizo de la llanura de Ronzieres á poco más de las siete de la mañana. El tiempo se mostraba excepcionalmente propicio, pues soplabla una débil brisa que había de favorecer la marcha del dirigible. Ocupaban la barquilla el capitán Marchal, el teniente Chauré y los ayudantes mecánicos Reau y Vincenot, quienes, dada la voz de suelta, saludaron á los soldados de ingenieros que habían ejecutado la maniobra y á los escasos espectadores que aplaudían la majestuosa partida del dirigible. Éste se elevó con facilidad á 150 metros, evolucionó lentamente por encima del parque, y tomando luego la dirección de Varennes, emprendió una marcha rápida y segura.

A las ocho y veinticinco, el aeróstato pasaba sobre Moulins á 120 metros de altura, moviéndose con seguridad perfecta y siendo saludado con entusiasmo por los habitantes de aquella población. Poco después, cuando se hallaba á una altura de 200 metros, se le vió desviarse bruscamente, oscilar y al fin caer con rapidez vertiginosa. Un ala de la hélice izquierda se había roto, y al ser lanzada en el aire con terrible fuerza había desgarrado la envoltura del globo, determinando la caída de éste y yendo á parar á unos cien metros de distancia.

Dos automóviles que, provistos de material de reparación, iban siguiendo la ruta del *Republique*, corrieron presurosos al sitio de la catástrofe, cercano al castillo de Avrilly, propiedad del marqués de Chabanne-La-Palice, adonde acudieron también éste con sus criados y varios labradores que trabajaban en aquellos lugares. El globo estaba convertido en un montón informe; levantada la tela que lo cubría, ofrecióse á los ojos de los circunstantes un espectáculo espantoso: los cuerpos de los cuatro tripulantes aparecían horriblemente desfigurados entre los restos del motor y de la barquilla del aeróstato.

Uno á uno los cadáveres fueron retirados y conducidos al pabellón de entrada del castillo de Avrilly y desde allí trasladados luego al hospital militar de Moulins, en donde aquella



La catástrofe del globo francés dirigible «Republique.»—El aeróstato poco antes de emprender la ascensión en que fué destruído. Los cuatro tripulantes que se ven en la barquilla, de izquierda á derecha, son los que perecieron en la catástrofe: el capitán Marchal, el teniente Chauré, y los ayudantes Reau y Vincenot. El último personaje, capitán X, descendió antes de que el globo se elevase en los aires. (De fotografía de World's Graphic Press.)



Vista de los restos del «Republique» después de la catástrofe (De fotografía de M. Branger.)

cada uno de ellos estaban los respectivos quepis, dolman, espada é insignias de la Legión de Honor.

La capilla ardiente, severamente adornada, estaba llena de coronas enviadas por varios regimientos, por las familias de los muertos, por el presidente de la República, por el presidente del Consejo de Ministros, por el Consejo Supremo de Guerra, por la ciudad de París y por otras entidades ó particulares. Entre todas ellas destacábase por su tamaño y por su magnificencia una colosal de rosas y orquídeas atada con una ancha cinta de moaré blanco, en la que bajo la diadema imperial y en letras de oro se leía el monograma *W. II*: era la del emperador de Alemania que, además de enviar aquel precioso recuerdo, se hizo representar en el entierro por un oficial.

A las once púsose en marcha la fúnebre comitiva, en la que figuraban representantes del presidente de la República, de los presidentes del Senado y de la Cámara, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de la Guerra, varios otros ministros, multitud de generales, los agregados militares de las embajadas, delegaciones de varios municipios y del Consejo general del Sena, los diputados y senadores del departamento y nutridas comisiones militares.

El clero de todas las parroquias de Versalles, presidido por el obispo monseñor Gibier, entonó los responsos, y en seguida el entierro se dirigió á la catedral, en donde se celebró un solemne oficio de cuerpo presente, que fué oído por todas las representaciones oficiales, y terminado el cual el prelado pronunció una elocuente plática saludando á los cuatro héroes en nombre de la patria, de la humanidad y de la religión, y ofreciéndoles los píos sufragios y las oraciones de la Iglesia.

Concluída la ceremonia religiosa encaminóse el cortejo al cementerio, á cuya puerta dirigieron la palabra á los concurrentes el teniente coronel Tatin, del 1.º regimiento de ingenieros; el alcalde de Versalles; el Sr. Deutsch, delegado del Aero-Club; el Sr. Berteaux, ex ministro de la Guerra, y el general Brun, ministro de la Guerra, en nombre del gobierno.

Después procedióse al sepelio de los cuatro cadáveres, que recibieron cristiana sepultura en una tumba provisional, en donde permanecerán hasta que se hayan construído los panteones en que sus restos descansarán definitivamente. — P.

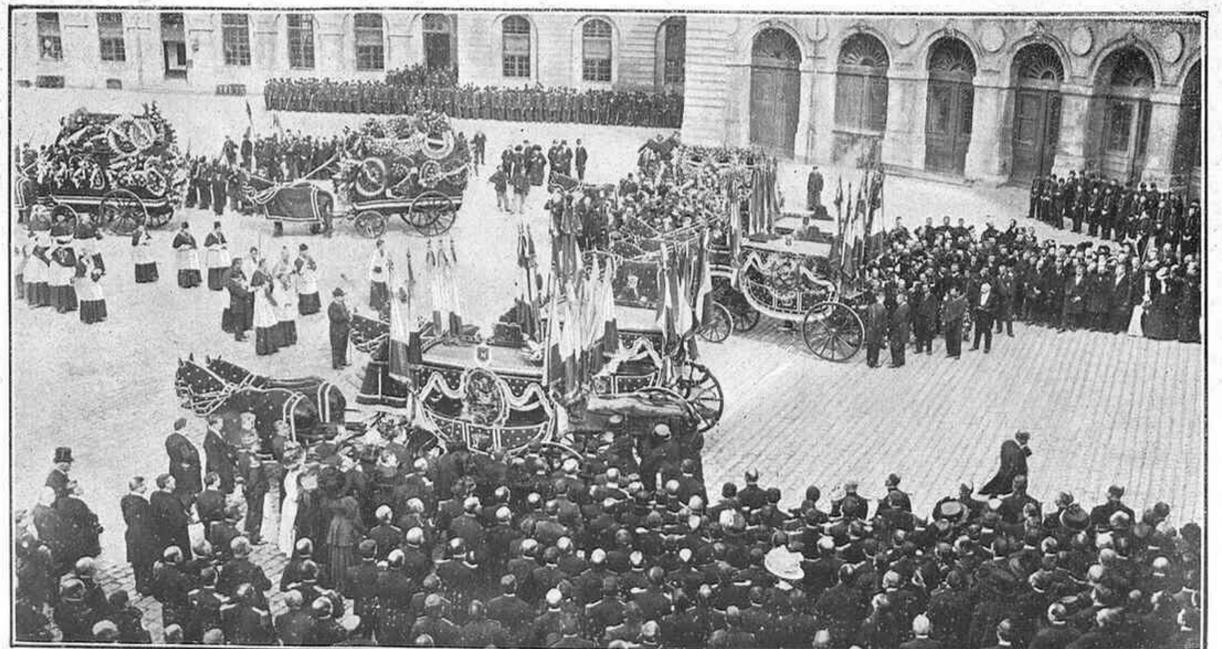
misma tarde los visitó el presidente del Consejo de Ministros Sr. Briand.

En el hospital permanecieron hasta la mañana del 27, en que se efectuó su conducción á la estación ferroviaria para ser llevados á Versalles, á cuya guarnición pertenecían aquellos cuatro héroes. La ceremonia fué imponente. En presencia del vicario general, del cabildo y del clero de las parroquias de Moulins fueron sacados los cadáveres y colocados en sendos furgones adornados severamente con follaje, crespones y banderas, hecho lo cual púsose el cortejo en marcha por el orden siguiente: gendarmes, cazadores de á caballo, sociedades musicales y gimnásticas, destacamentos de cazadores y del escuadrón del tren de bagajes, el clero, un destacamento de ingenieros, los furgones mortuorios, escoltados por una compañía de aerostación, otro destacamento de ingenieros, las religiosas del hospital, las familias de las víctimas, los elementos oficiales presididos por el general Goirán, en representación del ministro de la Guerra, una delegación de la sección de las Mujeres de Francia de Moulins y varios soldados que llevaban más de treinta coronas.

En la estación, el general Goirán, el prefecto del Alier y otros pronunciaron sentidos discursos, terminados los cuales todas las tropas de la guarnición desfilaron por delante de los féretros; después, fueron éstos colocados en un furgón y el tren partió para Versalles, en donde esperaban el fúnebre convoy el prefecto de Sena y Oise; el general Dalstein, gobernador militar de París; el Sr. Coulón, en representación del presidente del Consejo de Ministros, y otros personajes oficiales, individuos de las familias de las víctimas y una sección del 1.º regimiento de ingenieros, al que éstas pertenecían.

Los cadáveres quedaron depositados en el cuartel de la Plaza de Armas hasta la mañana siguiente, en que se efectuó su entierro.

Los féretros estaban envueltos en banderas francesas y sobre



Versalles.—Entierro de las víctimas del «Republique» (De fotografía de M. Branger.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pasó el invierno en estas alternativas, coincidiendo también en ello con el joven Guibray. Ambos, al mismo tiempo y en un mismo pensamiento, decían que sí ó decían que no, llamando en su ayuda las intervenciones milagrosas, los prodigios, y, sin solución, renovaban cada día sus incoherentes sueños de la víspera.

Peró siendo soltera y viviendo en el campo, Bertilla no tenía el recurso de distraerse como Pedro, ni de ninguna otra manera; vivía á solas consigo, escuchándose mejor en el silencio, llenando, con el único interés desmedido de su persona, la eterna soledad en que se manifestaba.

De este modo se le contrajeron los nervios y palideció también. Su padre, que la encontraba extraña, le propuso viajar; ella no quiso. Le ofreció trasladar la residencia á París; tampoco aceptó ella.

Debilitóse á su vez, se abandonó á la inercia, y pareciéndole, en sus horas de pesimismo, que no tenía nada que esperar, no quería moverse para ir en busca de nada. Se absorbía en sus meditaciones siempre iguales, alimentaba su pena con sus melancolías antiguas.

Unasacudida la despertó y la hizo gritar.

Hacia el mes de marzo, los herederos Mignot habían escrito á París proponiendo al señorito de Guibray la tierra de su difunto padre, y les fué contestado por el barón Gilberto que su hijo estaba gravemente enfermo, en peligro de muerte, y que había que aplazar la cosa para más tarde, si Dios hacía el milagro de curarlo.

A esta noticia, doblemente siniestra, los campesinos pusieron mala cara y se contaron su decepción. Que Pedro estuviese enfermo, no tenía para ellos grande importancia; pero que á causa de

ello el negocio, descontado de antemano con creces, fallase ó al menos fuese diferido á plazos muy vagos, esto les afligía mucho.

Así es que en el mercado, delante de la iglesia y en la taberna, dieron suelta á la lengua, afirmando que el joven señor de Guibray iba á morir, y eran los primeros en lamentarse de esta muerte.

A las almas sencillas les gusta el drama; nadie dudó en el pueblo que el enfermo estaba gravísimo,

que ofrecía pocas esperanzas de vida, y en realidad, la conjetura no carecía de fundamento.

Brice cogió al vuelo aquel fúnebre anuncio, y á su

Una camarera, sin malicia, anunció de golpe y porrazo el suceso á Bertilla.

—Señorita, ¿se acuerda usted del señorito de Guibray...?

—aquel joven del año pasado?... Parece que se está muriendo.

Bertilla miró á la criada, abriendo grandemente los ojos y palideciendo de repente. No acababa de comprender... ¡Aquel golpe era tan inesperado!.. En la vida es muy raro que los mortales prevean la muerte..., sobre todo los jóvenes que han visto morir pocas personas.

Peró en tres minutos Bertilla juzgó el horror de las palabras oídas, y replicó con la voz quebrantada:

—¿Quién dice eso?

—Brice. Todo el mundo habla de eso en el pueblo.

En seguida, sin preocuparse de respetos humanos, sin pensar que iba á venderse, Bertilla bajó al jardín, llamó á Brice de lejos y le interrogó.

Él contestó cabizbajo, con los ojos llorosos, emocionado, sincero quizás, por cien razones personales:

—¡Ay, sí, señorita!.. Los Mignot le habían ofrecido su campo..., ¿sabe usted? Es su padre quien ha escrito... El señorito Pedro está desahuciado de los médicos... A menos de un milagro, está perdido...

Bertilla le escuchaba inmóvil; hubiera querido gritar, llorar; pero no debía hacerlo, y murmuró:

—¡Eso es espantoso, Brice..., es espantoso! Si tiene usted más noticias, no deje de enterarme.

—Entendido, señorita... ¡El pobre joven, tan bueno, tan generoso..., todo corazón!.. Está visto que siempre son los mejores los primeros que se van.

Bertilla se había marchado ya; corrió á su cuarto y se encerró en él; una vez sola, se oprimió las sienes con ambas manos, en una actitud desesperada, dando gritos de dolor,

sincera esta vez, sin cohibición ni fingimiento alguno.

—Esto es el colmo de la desgracia, decía. Va á morir... lejos de mí..., odiándome, creyendo que yo también le odio... Y bien, ¿estás contenta ahora, Bertilla?... El día en que un Guibray muere, es un día de júbilo para los Faulque... ¡Mentira, infamia!.. Él muere á los veinticuatro años..., y yo no tengo siquiera el derecho de ir á averiguar si murió ayer ó si morirá mañana. Extraños, más que extraños, ene-



A veinte pasos del hotel de Guibray vió un mandadero

vez tuvo compasión desde luego de sí mismo, pues semejante catástrofe arruinaba sus más caros proyectos.

Aquel día fué caíacontecido al castillo nuevo, y exhaló tales suspiros, que su actitud trágica no tardó en llamar la atención. Entonces habló, comentando la noticia con frases lacrimosas.

Sus palabras fueron repetidas, subieron del jardín á la cocina y de la cocina al salón.

Marchetti

migos irreconciliables..., he aquí lo que somos uno y otro... Pedro... ¡Ah, si se hubiese quedado aquí, si yo hubiese sido franca, él hubiera vivido, por él y por mí, feliz y amado... Pero yo desempeñé mi papel con convicción... Comedia al principio; ahora tragedia; se acerca el desenlace, si todo no acabó ya... ¡El desenlace!.. Y yo, ¿qué haré después de él? ¡Ah, no es posible, Dios no lo querrá!.. No puedo creer... Dios, Dios, Dios, tú me oyes... Pones a prueba nuestro orgullo... Señor, yo soy humilde, yo reniego del pasado..., déjame el presente..., salva a Pedro... Sálvame, simplemente, por él, por los suyos. Yo sabré callar... No te pido más que su vida... No se trata de mi felicidad... Su vida, su vida solamente... ¡Dios mío, no puedes negarme esta gracia!

Con estas palabras entrecortadas imploraba al cielo, con los brazos levantados, demente y apasionada; ante el drama comprendía mejor la intensidad de su amor, hasta entonces oculto, desbordando de golpe en crisis soberana.

No era ya capaz de disimular; se arrancaba la máscara, y verdaderas lágrimas rodaban por sus mejillas; era el trastorno profundo de un alma altiva, herida de improviso y vencida sin combate.

Divagaba así cuando entró su padre.

Desde la puerta, Clemente Faulque, ya preocupado, juzgó de una mirada el desorden mental de su querida hija. Quizá hacía tiempo que había sospechado lo que pasaba en el alma de la joven. Limitóse a decir:

—¡Ah! ¿Ya sabes?..

Bertilla se volvió hacia su padre, y sin tratar de disimular, se echó en sus brazos.

—Papá, papá, no puedo seguir mintiendo!.. ¡Él se muere... y yo le amaba!

Clemente, a su vez, sintió sus ojos inundarse de lágrimas. El dolor de su hija idolatrada conmovía todo su ser.

No era el momento de las preguntas, ni sobre todo de los reproches. Estrechaba fuertemente a Bertilla contra su pecho, buscando vagos consuelos, palabras de esperanza en que él mismo tenía poca fe.

—Vamos, muchacha, cálmate, nada se ha perdido... A esa edad, todo se resiste... Curará, no tengas cuidado... Y le volveremos a ver... Daremos pie... Bien sabes que yo lo deseaba... Es verdad que es muy simpático ese pobre muchacho. Nunca comprendí... Pero, en fin, todo se arreglará, estoy seguro... Escucha, hija mía, voy a ir a París... Esta noche tendrás noticias...

—Gracias, papá, exclamó Bertilla. Gracias... Perdona... No sé lo que me pasa... ¡He luchado tanto!.. ¡He sufrido tanto!.. Yo me creía más fuerte... Todo esto es horrible...

—Animo, muchacha. Me voy... Hasta la noche... Pero júrame que me esperarás sin llorar..., ¿oyes? No quiero que llores.

—Anda, sí, te esperaré... Ya no estoy tan triste... Mi secreto me ahogaba.

Clemente Faulque llegaba a París dos horas después de esta escena. Tomó un *fiacre* y se hizo conducir a la avenida Bosquet. A veinte pasos del hotel de Guibray vio un mandadero, sentado en un taburete, con los brazos caídos, entre su cajón y su portafardos.

—¿Ves esa casa?, le dijo.

—Sí, ya sé, a veces les sirvo...

—Bueno, pues vas a preguntar a cualquier criado cómo sigue el señorito Pedro.

—Le conozco... Está muy grave.

Y el mandadero fue a cumplir su encargo.

Minutos después volvió con la cara muy triste. El enfermo seguía en el mismo estado de gravedad. Había pocas esperanzas de salvarlo...

Clemente Faulque tuvo un gran disgusto. ¿Qué iba a decir a Bertilla? La idea de su regreso le espantaba.

Reflexionó un instante y examinó al mandadero. Era joven y no parecía tonto.

—Escucha, le dijo Clemente, y procura comprenderme. Aquí tienes cien francos, que te dejo con la condición de que cada mañana me envíes un parte telegráfico a la dirección que voy a darte; y eso durante quince días, porque dentro de quince días el señorito de Guibray habrá curado o habrá muerto.

Y Faulque escribió en un pedazo de papel:

«Brice, Guibray, S.-et-O.»

De esta manera reservaba los principios, salvaba las dignidades..., por lo pronto al menos; porque si más tarde trataban de averiguar, no sería difícil de remontarse al origen y descubrir el punto de partida.

Por el momento, era Brice el que obraba., para todo el mundo, en París; y esto bastaba.

Clemente Faulque tomó el primer tren de regreso, y encontró en Mantes el coche que allí había dejado.

En el camino se preguntaba qué le iba a contestar a Bertilla. Durante los tres cuartos de hora del viaje, en su coche cerrado que cruzaba rápidamente tristes campiñas, aún muertas, porque el invierno se prolongaba, Clemente tuvo tiempo de dar vueltas a muchas ideas en su imaginación.

En el momento álgido de la crisis, ante el dolor de su hija se había limitado a pensar: «Ese muchacho se muere; Bertilla llora; hay que consolar a Bertilla anunciándole que el enfermo mejoraba.»

Pero he aquí que volvía con noticias contrarias y funebres... Sacudió la cabeza y pensó:

«Es una gran tristeza para una muchacha el no tener madre... Mi hija ha sufrido largo tiempo en silencio, por no tener a su lado la confidente seria y consoladora, la confidente nata que se llama una madre..., cuando esa madre comprende su papel, y no se burla ni ultraja, sino que se compadece y de rocha tesoros de ternura. Con mis ojos de hombre y de hombre ocupado en mil cosas, nada noté de ese amor absurdo, que sin embargo debí prever y temer. Una sola vez, al principio, bien me acuerdo, puse a Bertilla en guardia contra sí misma, aconsejándole que olvidase la presencia de Pedro de Guibray... Luego pensé en otros intereses; no seguí la gradación fatal de esa romántica aventura. Cuando, en medio de lágrimas, he sorprendido la confesión de ese apasionado afecto, era ya tarde para encarrilar el mal; no veo ningún remedio a mi alcance. Si ese muchacho muere, mi hija va a llorar durante largos meses, viuda de su primer sentimiento. Y con una naturaleza como la de Bertilla, apasionada y fiel, ese luto de los veinte años podría tener una repercusión infinita en lo futuro, y mi casa se resentiría siempre de ello.»

Encogióse de hombros, descontento de sí mismo y de los demás.

«La vida es estúpida—siguió pensando.—Todos los inútiles rencores de un pasado diez veces abolido conducen ¿a qué? A una vulgar historia de amor entre los dos jóvenes, tanto más deseosos de unirse uno a otro, cuanto que todo parecía separarlos. La eterna antítesis resulta por un deseo de perfecto acuerdo. Hubiera sido tan sencillo tenderse la mano al primer encuentro, en el olvido de las querellas antiguas, que ya no tenía más valor que un eco de canción.»

Clemente hubiera acogido de buena gana al joven si éste no se hubiese retraído desde el primer día. Noble ó plebeyo, rico ó pobre, tal como era, Pedro tenía el don de agradar por su fisonomía, de retener y cautivar la mirada. Con ser un Guibray, era simpático hasta a los Faulque...

¡Ay! La muerte no lo había querido; los muertos no estaban bastante muertos todavía, y el orgullo de las familias había hecho todo el mal.

Ahora (¡a buena hora!) Bertilla renegaba de sus preocupaciones ante una tumba abierta.

Clemente continuaba su soliloquio, cuando el coche se detuvo bruscamente. Bajó el cristal de la portezuela y vio a su hija de pie, en la carretera, aguantando la lluvia.

Le esperaba a cuatro kilómetros del castillo nuevo; le había salido al encuentro para recibir noticias más pronto.

Al ver su rostro ansioso, no tuvo valor para reñirla. Le hizo puesto a su lado, y el cupé volvió a partir a trote largo.

—¿Y bien, y bien?, le preguntó convulsa.

Entonces él mintió, temiendo las consecuencias de la verdad.

—Pues... el joven va un poco mejor..., no mucho, pero un poco... Algo es... Se le salvará.

Bertilla miraba fijamente a su padre, inclinada hacia él.

—¿Es verdad lo que dices?

—Te lo juro...

Y para cortar preguntas concretas que él temía, Faulque se apresuró a añadir:

—Tendremos noticias todos los días...

Y explicó cómo debían expedirse telegramas diarios a la dirección de Brice.

Bertilla se maravilló de la estratagema; estaba menos triste. Lo que le había espantado sobre todo había sido la idea de que Pedro podía morir sin saberlo ella.

Dió las gracias a su padre con frases ingenuas, revelándose toda entera, puesto que se habían acabado los disimulos.

Él aceptó las gracias con un estremecimiento, pensando:

«¡Quiera Dios que el telegrama de mañana no anuncie la catástrofe!»

Clemente enteró a Brice del papel que le estaba reservado. Debía recibir los telegramas y llevarlos inmediatamente al castillo nuevo—sin abrirlos,—y

entregárselos a él mismo, en sus propias manos..., a nadie más, ni siquiera a Bertilla.

Brice se inclinó, prometiendo observar religiosamente las instrucciones recibidas. El hombre adquiría importancia, venía a ser útil, hallábase convertido en un personaje de confianza.

Su porvenir se embellecía; de todos modos, cualesquiera que fuesen los resultados, sus servicios prestados iban a ser inolvidables. Sentíase de la casa, y la casa era buena.

Y si el señorito Pedro curaba, para colmo de ventura—como entonces todo acabaría bien, necesariamente,—participaría de los reconocimientos comunes, y no tendría ya necesidad de preocuparse de su suerte.

La fortuna le llegaba tarde, pero le llegaba al fin. Rebosaba de alegría; pero, diplomático como siempre, ocultó sus risueñas esperanzas bajo aspectos de profunda melancolía.

Solo, en el jardín, suspendía comúnmente su trabajo, para estarse con los brazos caídos, mirando al suelo, en una actitud de grande abatimiento. Bertilla le sorprendió en esas actitudes, y formó una excelente opinión de él. Ese Brice era hombre de corazón. Sucediera lo que sucediese, ella contaba no olvidarlo.

A la mañana siguiente, a cosa de las diez, Faulque abrió una ventana y llamó a Brice.

—Ve al pueblo; si el telegrama no ha llegado, espéralo, y vuelve luego en seguida..., sobre todo, ni una palabra a nadie; deja que hablen.

—Entendido, contestó el otro, que se fué apresuradamente a desempeñar orgulloso su nueva misión.

Mientras tanto, Bertilla se consumía de impaciencia. Al fin reapareció con el papel azul en la mano. La joven se precipitó, alargando la suya. Pero Brice se negó a entregárselo diciendo:

—A usted no, señorita. Tengo órdenes expresas...

Afortunadamente, Faulque acudió a su vez. Cogió el papel, lo abrió, lo recorrió de una mirada y lo presentó a su hija.

El texto era breve, y podía interpretarse según los deseos de cada cual:

«Estado estacionario, fiebre intensa, delirio. No es posible pronunciarse.»

Era una copia del parte facultativo, en su concisión y sencillez.

Bertilla respiró; para ella, el hecho era que Pedro vivía aún... Por el momento, era todo lo que ella esperaba.

Entonces, cada mañana, durante diez días, repitióse la misma escena. Y durante aquellos diez días, Bertilla recorrió la gama de todas las ansias humanas, fué alternativamente optimista y pesimista, dudó, tuvo confianza para recaer de súbito en las peores aprensiones.

Los telegramas se sucedían casi iguales, siempre inquietantes; por fin, la octava mañana, el telegrama fué tranquilizador.

«Mejoría notable; vuelta de la inteligencia, remisión de la fiebre; grande esperanza.»

Faulque bailó de alegría, mientras su hija reía nerviosamente. Al día siguiente, otro alegrón:

«La mejoría continúa acentuándose, sueño tranquilo...»

Y finalmente, el décimo envió:

«Salvóse; dentro de tres semanas podrá levantarse.»

Esta vez Bertilla cayó en los brazos de su padre y sollozó largo rato.

—¡U!!, dijo Faulque; el año pasado estaba yo muy lejos de pensar que ese joven ocuparía tanto puesto en nuestras dos existencias.

Aquel mismo día Brice fué al pueblo y se emborrachó abominablemente. Volvió borracho al castillo nuevo, bailando la jiga y cantando la Pomponnette.

El jardinero principal, hombre correcto, fué, escandalizado, a dar parte al amo.

—¡Déjame en paz!, replicó Faulque; ha hecho muy bien.

El jardinero se retiró disgustado. No parecía sino que todo el mundo se había vuelto loco. Puesto que los demás hacían bien en beber, iba él a hacer lo mismo. Y dicho y hecho; fué a tomar su pítima, invitando a sus camaradas. La curación de Pedro producía extraños efectos.

Poco tiempo después, Bertilla tuvo otra alegría. Los herederos Mignot acababan de ceder su pedazo de tierra a Pedro. Cuando éste la había comprado, era que contaba volver. La hija de Clemente se encargó trajes de todos colores a fin de estar más hermosa a la vuelta del hombre amado.

Cantaba todo el día, y como renacía la primavera, daba largos paseos en coche, é iba y venía por el río en su gola, reanimada y alegre, sin huellas de sus alarmas.

Mientras tanto, Pedro recobraba sus fuerzas y empezaba a dar paseos por la avenida. Los primeros días se apoyaba en el brazo de su padre; se detenía a cada veinte pasos, sofocado por el esfuerzo; se sonreía y continuaba con obstinación.

Desde su primera salida, resolvió aclarar un misterio que les intrigaba a todos: interrogar a aquel mandadero que cada mañana, durante las semanas desesperadas, había ido a enterarse del curso de su enfermedad de parte de algún desconocido.

Detúvose con su padre delante de aquel hombre y ambos le interrogaron. El mandadero no sabía... Le habían dado dinero, una gran cantidad, con orden de enviar cada mañana un parte telegráfico.

—¿Adónde?, preguntó el barón.

—¿A qué nombre?, dijo al mismo tiempo Pedro.

Y el otro contestó, rascándose la cabeza, muy apurado, pues se preguntaba si tenía derecho a hablar:

—Ya que ustedes se empeñan..., no me atrevo a negarme... En fin, tanto peor..., pues bien, al señor Brice... en Guibray, Sena y Oise.

—¡Brice!, exclamó Pedro... ¡El pobre!.. Pero no, imposible... De ningún modo Brice podía obrar así...

—Otro se ha servido de su nombre, murmuró el barón.

Pedro se estremeció, y continuó su interrogatorio con mayor interés:

—A ver, trate usted de recordar... ¿Quién le hizo ese encargo la primera vez?

—Un caballero.

—¿Cómo era ese caballero?

El hombre vaciló un instante y soltó luego esta frase poco lapidaria, designando al barón:

—¡Es un caballero que se parece al señor!

—¡Clemente Faulque!, pronunció sordamente el joven. Sin duda se hubiera alegrado de recibir la noticia de mi muerte. ¡Lo que es el odio! Venga usted, papá. Gracias amigo.

El mandadero les miró con espantados ojos, y dijo para sí, mientras padre é hijo se alejaban:

—¡Qué cara puso!.. Yo debí callarme.

Pedro iba sombrío. El barón rompió el silencio:

—¿Tú lo atribuyes a odio, muchacho? Pues yo no; todo lo contrario.

—¿Qué otro sentimiento podía guiarte?, gritó casi el joven, en tono amargo.

Entonces Gilberto se sonrió:

—Guiábale quizá el sentimiento de otros.., de otra. ¿Eh? ¿Qué dices tú a eso?

Pedro se detuvo, algo pálido, con labio desdeñoso: —Se hace usted extrañas ilusiones, papá; verdaderamente es usted más joven que yo.

Esta vez Gilberto se enervó y dijo encogiéndose de hombros:

—¡Bueno! ¡Habla, muchacho, habla! Pero si quieres razonar cinco minutos, te probaré por A + B que Clemente Faulque, que ningún interés tiene en que mueras, no se hubiera tomado tanto trabajo para tener noticias tuyas, si, tras él, no hubiese habido alguien que pensaba en ti y no le hubiese suplicado que obrase como lo hizo. Y, entre nosotros sea dicho, todas esas historias son ya ridículas y estoy harto de ellas... ¡No importa! Es preciso que ese Faulque se parezca mucho a mí, para que este parecido llame la atención de un hombre vulgar... ¡Dios mío, qué galimatías!

Al enterarse de lo ocurrido, Valeria tuvo la convicción de que Bertilla adoraba a su hijo; la cosa le pareció muy natural y se alegró de ello.

Pero Pedro no manifestaba el menor deseo de volver a Guibray. Sin embargo, parecía menos triste. Quizá él también, a pesar de sus dichos contradictorios, atribuía a Bertilla lo que justamente le pertenecía. Pero seguía guardando su secreto, por cuanto subsistían entre ella y él los grandes obstáculos insuperables.

Entonces Gilberto dijo a su mujer:

—Se me ha ocurrido una idea... que creo acertada. Para que esa comedia concluya, para que Pedro cure de alma como de cuerpo, hay que ir a Guibray. Para que él se decida, y se muere de gana, aunque parezca lo contrario; para que consienta, he pensado decirle que tengo en ello un interés directo... Por ejemplo (se me ocurrió esto por casualidad), que tengo la intención de presentarme candidato por ese distrito en las próximas elecciones para diputados. Esto me parece plausible. ¿Qué opinas tú?

Valeria se sonrió maliciosamente; pero, sin poner los puntos sobre las íes, se limitó a decir:

—En efecto, eso sería bastante verosímil... ¿Pero qué opiniones vas a manifestar?.. Va a preguntártelo.

—¡Bah, las del país!, contestó atolondradamente Gilberto, que hizo una pirueta, dejando adivinar, con esta rápida confesión, que sus proyectos eran más serios y más maduros de lo que aparentaba.

Contando con el apoyo de la baronesa, Gilberto

la emprendió en seguida con su hijo. Le espetó un bonito discurso sobre la peligrosa tendencia de las familias nobles a permanecer en la ociosidad y en la inacción, a vivir aparte, como fuera de la sociedad. A los espíritus avisados por la experiencia de la alcurnia, corresponde conducir y guiar a las masas hacia la verdad, el progreso y las luces.

Pedro le escuchaba desconcertado. ¿Adónde quería ir a parar? Por fin el barón descubrió su pensamiento, sus proyectos, sus deseos. Mas para que este pensamiento tomase cuerpo, para poder realizar estos proyectos, era necesario ante todo que la familia entera fuese a establecerse en el pueblo, en el castillo de los antepasados, que abriese sus puertas de par en par y se dejase ver.

Al oír tal proposición, para él inesperada, Pedro se turbó. Comprendió que le ofrecían una escapatoria, una transacción a sus antiguas decisiones.

Pero también comprendía perfectamente que su padre no mentía en la exposición de sus proyectos políticos y que se afligiría mucho si le impidiesen ponerlos en ejecución.

Entonces suspiró profundamente y pidió algún tiempo para reflexionar. Valeria llegó y habló a su vez.

—Hijo mío, el campo te será muy saludable; tu padre quiere ser diputado, es una idea como otra; si sale derrotado (en las elecciones, no será cosa de morir del disgusto; si triunfa, será una gran satisfacción para él y también para nosotros... Pero no puedes negarle esa satisfacción de una tentativa de conquista a la moderna. Vamos, contesta pronto, di que sí en seguida... Bien nos debes esta complacencia... ¡Vamos!

—¡Puesto que ustedes lo quieren, sea! ¡Vamos a Guibray!, murmuró Pedro, cabizbajo, soltando las palabras una por una, como si se las arrancasen, mostrando no ceder sino ante las instancias de sus padres.

Pero, en el fondo, ante aquella decisión, ante aquella perspectiva, una voz triunfal cantaba el aleluya de las esperanzas renacientes y de los amores renovados.

Olvidaba voluntariamente el abismo abierto entre los Faulque y él; no quería saber más que una cosa: iba a ver de nuevo a Bertilla, iba verla otra vez, todos los días, a Bertilla que ya no era enemiga suya, pues lo había probado con su solicitud. A ese precio, todo se revestía de encanto; el paisaje adquiría un esplendor glorioso; veía el río grandioso y plateado, los bosques revestidos de un sagrado misterio, las colinas más altas, soberbias y serenas, y el mismo castillo, con sus agujeros y sus grietas, se alzaba, a sus ojos diferente, más hospitalario, lleno de misericordia y de felices promesas..

—¡Vamos!, no se ha hecho de rogar mucho, dijo Gilberto.

—Lo suficiente, replicó Valeria. ¿Cuándo partimos?

Ella también deseaba ahora aquella partida, pues le interesaban de antemano los acontecimientos que habían de desarrollarse.

Iba a caer en plena intriga, en un país legendario, en un escenario de melodrama. Tenía ganas de conocer de cerca a todos aquellos personajes, que ya conocía de oídas. Esa idea le daba un poco de fiebre.

Activaba los preparativos; ella también se había jurado conquistar al pueblo y sus habitantes, señores y campesinos.

Así pues, después que el caballero Pedro había partido en cruzada, en nombre del pasado, de las noblezas y de los títulos, acudía el barón ansioso de establecer su dominación política, cualquiera que fuese esa política. Pero la más peligrosa era la última, esa Valeria que quería sorprender los corazones y las almas, por medio de la gracia y la bondad, por medio de la caridad y por medio de su encanto personal, hasta la belleza expirante...

Una mañana, Brice dijo a Bertilla:

—¡Señorita, hay novedades!

Guiñaba el ojo, señalando la carretera. Bertilla miró a su vez.

Y vio tres pesados carruajes que subían las cuestas, hacia el castillo arruinado. Era el mobiliario, que llegaba antes que los señores. Era también seguro indicio de un próximo regreso de Pedro... Era una alegría para ella.

El mes de mayo reía en destellos de sol sobre las plantas reverdecidas; los tilos del paseo y los chopos de las riberas sacaban vigorosamente nuevas hojas; los pescadores de costumbre habían vuelto a ocupar sus puestos bajo los sauces, entre sus estacas tutelares; las parejas amorosas volvían a pasearse por las orillas del río; las mañanas eran suaves; las tardes tibias; las veladas más largas, pacíficas y serenas. Los ancianos se sentaban en sus bancos, en la íntima

felicidad de existir aún. Había esperanzas en el ambiente y alegría en todas partes.

Bertilla tendía los brazos a aquella naturaleza amiga, apaciguada como ella; no quería pensar que el invierno volvería a su vez, ni que nada de las antiguas divergencias había concluido... Quería creer y creía. Creía en la pasión victoriosa, en el amor, destructor de obstáculos; en la juventud triunfante, a pesar de las cortapisas.

A veces se detenía en el camino, sacaba de su bolsillo una carterita de cuero blanco bordado en oro, sacaba de ella un papel arrugado, que era su talismán, y releía estas líneas que se sabía de memoria:

«En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno, dice a poca diferencia, el barón Matías... Sí, el cabello rubio y el cutis moreno.» Y luego la apostilla atravesando la página: «¡Como ella!»

Era la confesión escrita, la afirmación en voz alta de un alma prisionera, luchando aún contra asaltos de orgullo, pero pronta a ceder al contacto de las presencias reales, al menor gesto de bienvenida, a la menor palabra de aliento.

¿Qué podrían entonces los antiguos rencores, las querellas seculares, ante aquel gran deseo mutuo de reconciliación?

Además, Bertilla lo sabía muy bien, su pasado estaba previamente ganado a las ideas de concordia; por lo que ella conocía del barón y de la baronesa, los juzgaba, sin error, dispuestos a cualquier sacrificio por su hijo, preocupados sobre todo de su única felicidad; por ambas partes, los padres intervenirían, para nivelar los caminos y allanar los obstáculos.

Se les dejaría hacer, alegrándose de su intervención.

Y en un glorioso día del verano magnífico, se estrecharían las manos, en un pacto de amor de eterna ternura; en un olvido consentido de las tradiciones de represalias en que, de una y otra parte, los hombres, todavía bárbaros, se habían maltratado sin tregua, por no haber sabido entenderse.

Tiempos nuevos, otra gente; ¡muera el pasado y viva el porvenir!

IV

El domingo de Pentecostés, en el pueblo y en las inmediaciones de la iglesia, antes de la misa mayor, hubo una emoción.

Casi simultáneamente, el landó de los Faulque y el *vis à vis* de mimbre, muy sencillo, pero tirado por dos caballos de gran precio, el *vis à vis* de los Guibray, habían pasado delante del muro bajo, a la entrada del patio que rodea el viejo edificio gótico.

Los Guibray habían llegado al pueblo el día antes; era su primera exhibición en medio de la curiosidad popular. De antemano se hablaba mucho de ellos; sabíase que parte del viejo castillo había sido restaurado y amueblado... «con un lujo inaudito», decían.

Durante un par de semanas, los convoyes se habían sucedido en el camino, trayendo un bagaje considerable y toda clase de objetos.

El barón Gilberto, fiel a sus proyectos, quería deslumbrar é impresionar, para cautivar después. Había abierto su caja sin contar, sabiendo muy bien que en política el dinero es el gran factor.

Estaba de antemano convencido de que no podía competir en opulencia con Clemente Faulque, tres veces más rico que él; jamás tendría como él veinte caballos en sus cuadras, diez coches y treinta criados empleados en cuidarlos; pero contaba compensar esas diferencias con la superioridad de su elegancia natural y la severidad altiva de su gusto impecable.

No tenía más que cinco caballos, pero de primer orden; no tenía más que tres coches, pero de una sencillez y de un confort admirables, enteramente apropiados a los servicios que debían prestar.

Si tenía poca servidumbre, al menos sus criados eran de una corrección perfecta, vistiendo noblemente una librea oscura.

En ninguna parte figuraba el tortil, ni las armas; aquella mano enguantada de hierro y empuñante, que había sido duramente agarradora. Este detalle llamó la atención. Al lado del *vis à vis* de mimbre de los Guibray, el landó de los Faulque adquiría un aire pesado de aparato y de importancia inútil, como cosa de advenedizos.

En el momento en que Bertilla y Clemente se apeaban, los caballos del barón pasaban a diez pasos. Los dos grupos se hallaron en presencia uno de otro; Pedro palideció ligeramente; Valeria miró con curiosidad; Bertilla esperó, angustiada; los campesinos, alrededor, miraban en gran silencio.

Era un acontecimiento lleno de importancia para cada cual y para todos.

(Se continuará.)

AEROSTACIÓN.—EL SALÓN DE LA AERONÁUTICA EN PARÍS.—ACCIDENTES MORTALES DE LEFEBVRE Y FERBER



Paris.—El Salón de la Aeronáutica instalado en el Gran Palacio é inaugurado por el presidente de la República el día 25 de septiembre último. (De fotografía de M. Branger.)

PARÍS.—EL SALÓN DE LA AERONÁUTICA

Por primera vez la locomoción aérea se ha exhibido en un salón propio, ha tenido una exposición exclusivamente destinada á la aeronáutica. Hasta ahora los globos esféricos primero y luego éstos y los dirigibles y los aeroplanos, habían formado dos secciones accesorias dentro de los Salones del Automóvil de 1898 y de 1908; pero en el presente año, los aparatos destinados á la conquista del aire ocupan ellos solos todo el Gran Palacio, ofreciendo á los ojos del público el espectáculo más original y pintoresco y constituyendo una exposición interesantísima, en la que pueden admirarse los extraordinarios progresos que en muy poco tiempo se han realizado en esta rama de la ciencia.

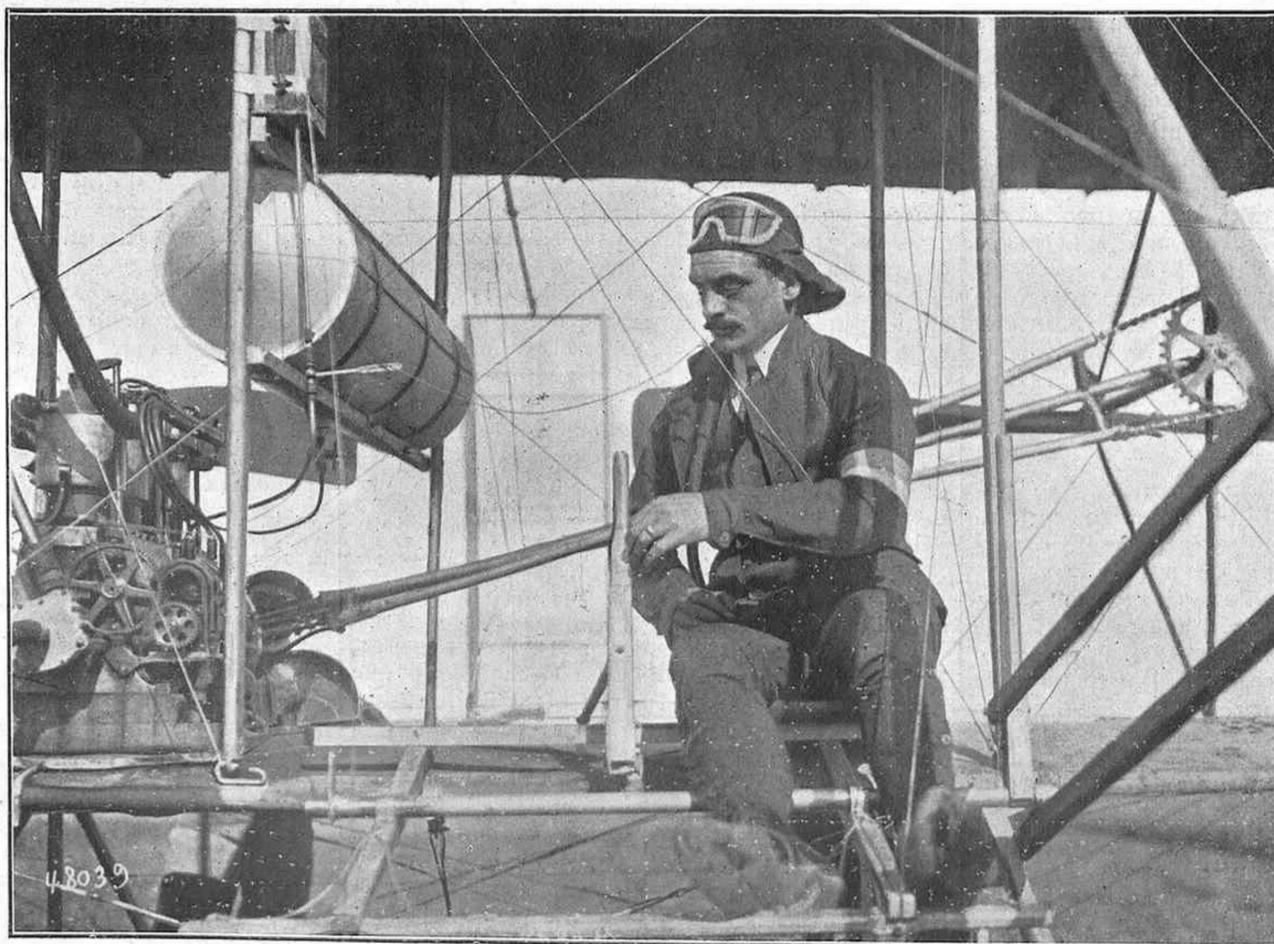
Hay allí algunos aparatos que tienen gran valor para la historia de la aviación, como por ejemplo el de Wright, que en Avours alcanzó los primeros triunfos positivos para el sistema de los más pesados que el aire;

el que llevó á Bleriot al través del canal de la Mancha; la célebre *Antoinette* de Latham, la no menos célebre *Demoiselle* de Santos Dumont; hay también algunos aeróstatos que evocan asimismo recuerdos históricos, como la reconstitución del globo del Sitio de París. Y al lado de esas piezas excepcionales,

vense varios esféricos, como el *Michelin* y el *Don Simoni*, el dirigible *Zodiac*, del conde de La Vaulx, y un número considerable de monoplanos y biplanos de todos los sistemas, unos probados ya con más ó menos éxito, otros no ensayados todavía, que llenan la mayor parte del Gran Palacio.

En otra sección están instalados los motores, entre los cuales llaman la atención principalmente los de las marcas Mors, que con un peso de 90 kilogramos desarrollan 45 caballos de fuerza; Gnome, que con Paulhán y Farman triunfaron brillantemente en Reims; y Darraq, que ha permitido á la *Demoiselle* de Santos Dumont efectuar los recientes maravillosos vuelos que han sido la admiración de todo el mundo.

Completan la exposición una instalación interesantísima, en la que están reunidas las colecciones de pájaros del doctor Marcy, cuyos estudios admirables sobre el vuelo de las aves han sido de tanta utilidad para la aviación; la sección de fisiología, en donde se exhiben diversos modelos



El aviador francés Eugenio Lefebvre, fallecido el día 7 de septiembre último en el aeródromo de Juvisy á consecuencia de un accidente desgraciado. (De fotografía de M. Branger.)

de aparatos de oxígeno para respirar en las grandes alturas; y la galería retrospectiva, llena de objetos y documentos curiosísimos, entre los cuales merecen especial mención algunas barquillas de globos históricos, la serie de retratos de aviadores dibujados por Weissmann, la colección de libros antiguos de aeronáutica, propiedad de los Sres. Marx y Weissmann, y la colección de Pablo Tissandier.

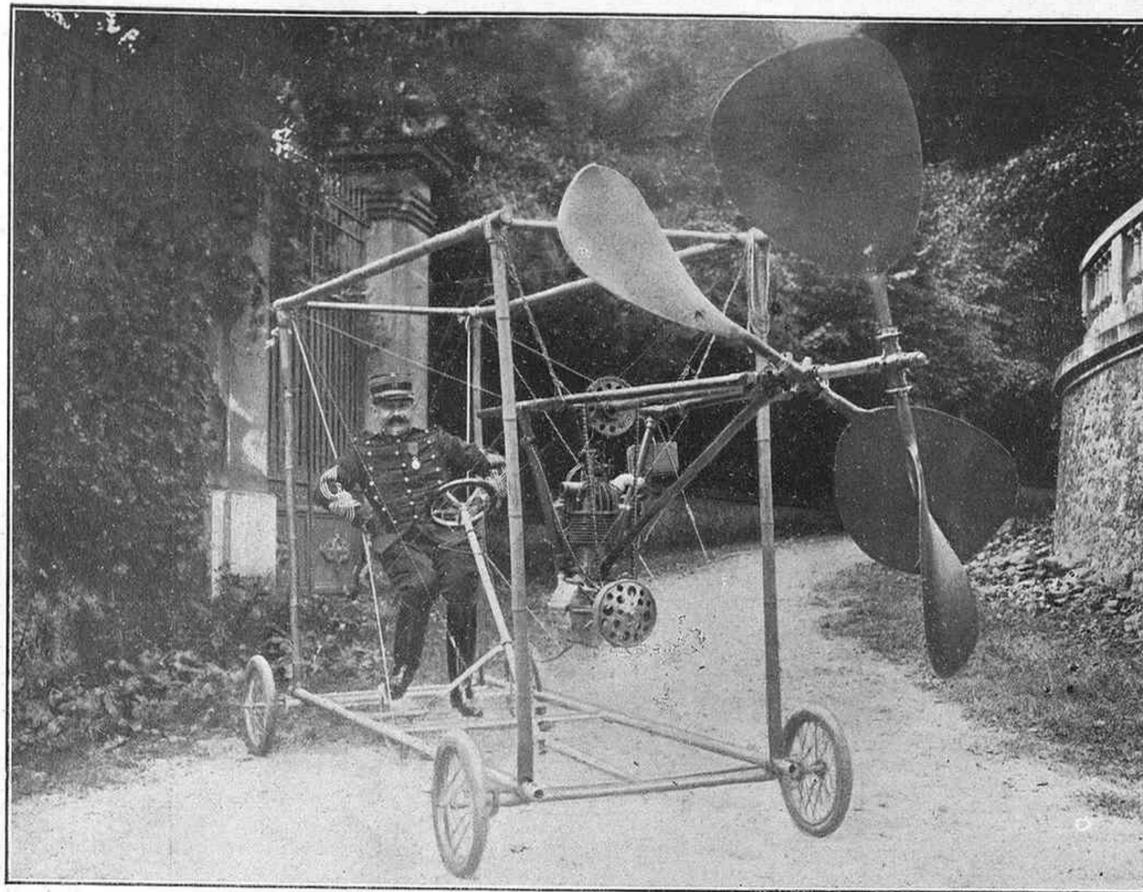
La inauguración oficial del Salón de la Aeronáutica efectuóse el día 25 de septiembre último. El presidente de la República, acompañado del señor Mollard, jefe del protocolo, y de su ayudante el capitán de fragata Laugier, fué recibido por los Sres. Esnault-Pelterie y Granet, presidente y secretario del comité organizador; general Brun, ministro de la Guerra; Dupuy y Millerand, ministros de Comercio y de Obras Públicas; Dubost y Brisson, presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, y por otros personajes oficiales. El señor Fallières recorrió detenidamente la exposición, que dando muy complacido de ella y prodigando los mayores elogios á sus organizadores y á los expositores.

Una nota triste amargó la satisfacción de aquella ceremonia, la noticia del desastre sufrido por el dirigible *Republique*, suceso del que nos ocupamos en otro lugar de este número.

DOS VÍCTIMAS DE LA AVIACIÓN

EUGENIO LEFEBVRE. — EL CAPITÁN FERBER

El día 7 del próximo pasado, mientras efectuaba unos ensayos en el aeródromo de Juvisy, falleció á consecuencia de un desgraciado accidente Eugenio Lefebvre, uno de los más jóvenes y más intrépidos aviadores de Francia. Encargado, en ausencia de su colega el conde de Lambert, de la recepción de los aparatos suministrados por la Compañía de navegación aérea, había ensayado con buen éxito uno de aquéllos y estaba ensayando otro, cuando de pronto los que contemplaban su hermoso vuelo vieron que



El capitán de artillería francés Ferber, conocido en el mundo de la aviación bajo el sobrenombre de Rue, falleció en el aeródromo de Beuvrequen (Boulogne-Sur-Mer) el 22 de septiembre último á consecuencia de un accidente desgraciado. (Fotografía de Branger.)

el aeroplano se inclinaba bruscamente y se precipitaba al suelo desde una altura de diez metros. Acudieron presurosos á recoger á Lefebvre y le encontraron inerte junto al aparato; tenía el cráneo fracturado y cuantos auxilios se le prodigaron fueron inútiles. Pocos momentos después el infortunado aviador dejaba de existir.

Eugenio Lefebvre había nacido en Corbie en 1881 y hecho con gran aprovechamiento sus estudios en el Instituto mecánico de Lila y en la Escuela Politécnica. Trabajador enérgico y dotado de gran inteligencia, había dirigido varias empresas, hasta que se apasionó por la aviación. En la última primavera compró un biplano Wright, cuyo manejo aprendió casi solo, y hasta tal punto llegó á dominarlo, que logró aventajar al propio inventor norteamericano, puesto que volaba sin auxilio del pílón de lanzamiento y sólo con el riel, cosa á que los Wright se han atrevido muy pocas veces.

Al comenzar la Gran Semana de Reims, era muy poco conocido del público; al terminar, se había conquistado por su intrepidez y por su afable trato

alas con el suelo, el aparato dió una vuelta completa y cayó, cogiendo debajo al aviador. Éste vivió algunas horas, sucumbiendo después de una larga agonía á consecuencia de una hemorragia interna.

El capitán Ferber era hijo de Lyon y contaba cuarenta y cinco años. En 1882 entró en la Escuela Politécnica y en 1893 fué nombrado capitán de artillería. Había sido profesor de la Escuela de aplicación de Fontainebleau, había mandado en Niza una batería alpina y trabajado durante algún tiempo en el laboratorio central de aerostación militar de Chalais-Meudón. En 1898, los experimentos de Lilienthal le movieron á dedicarse al estudio de la aviación, que desde entonces no abandonó nunca, habiendo sido uno de los precursores de este sistema de locomoción aérea en Francia y uno de los que mejor lo conocían teóricamente.

Era además licenciado en Ciencias y gozaba de justa fama de sabio matemático.

Estaba condecorado con la cruz de la Legión de Honor y deja escritas dos obras importantes sobre aviación y varias notabilísimas memorias.—S.

la admiración y la simpatía generales. En aquel concurso fué clasificado entre los vencedores, ocupando el cuarto lugar en el premio de la velocidad, el cuarto en la copa Gordon-Bennet y el tercero en el de los pasajeros.

Actualmente estaba preparándose para la Quincena de París y se disponía á intentar la travesía del Canal de la Mancha llevando en su aparato á un pasajero.

Pocos días después de la muerte de Lefebvre, la aviación francesa tenía una nueva víctima, el capitán de artillería Ferber, conocido en el mundo deportivo bajo el seudónimo de Rue.

Estaba haciendo unos ensayos en el aeródromo de Beuvrequen, en las inmediaciones de Boulogne sur Mer, y volaba perfectamente á una altura de diez metros. Después de recorrer un kilómetro, quiso virar á la izquierda para volver al punto de partida; entonces el biplano se inclinó, y rozando una de sus

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra **ASMA**
CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO
FACILITA la SALIDA de los DIENTES y previene todos los accidentes de la primera Dentición.
Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub^g Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

MONUMENTO Á DIÓGENES

No son sólo las celebridades de los tiempos más ó menos modernos las que tienen sus monumentos en la capital de Francia; también las figuras ilustres de la antigüedad ven allí honrada su memoria.

Buen ejemplo de ello es el monumento que adjunto reproducimos, dedicado á Diógenes, y que se levanta en el jardín del Temple. El artista que ha ejecutado esta obra nos presenta al célebre filósofo de Sínope con la linterna en una mano, buscando al hombre, es decir, en la forma en que la personalidad del *Cínico* es mejor conocida del vulgo, gracias á la anécdota que tanto la ha popularizado.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LOS ABONOS EN VITICULTURA, por *A. Garrido*. — Un tomo de 404 páginas con un prólogo de D. José Zulueta, editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é Hijos. Precio, en Madrid, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado; en provincias, 4'50 y 5'50 respectivamente.

ENCICLOPEDIA DE CULTURA GENERAL, por *Juan Teller y López*. — El primer tomo de esta obra que hemos recibido consta de 788 páginas y comprende dos partes: una, *La cultura en España*, y otra, *Elementos de cultura general*; esta última contiene innumerables artículos enciclopédicos. La obra completa consta de unas 1.400 páginas y ha sido editada en Madrid por la casa Bailly-Baillière. Precio: en rústica, 30 pesetas; encuadernada en un tomo, 33, y encuadernada en dos tomos, 35.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. AÑO 1908. — Un tomo de 366 páginas que contiene todos los datos estadísticos referentes al municipio bonaerense, impreso en Buenos Aires en la imprenta La Bonaerense. Es una publicación de la que nos hemos ocupado varias veces y que honra á la Dirección de la Estadística Municipal, á cuyo frente está D. Alberto B. Martínez.



París. — Monumento á Diógenes erigido en el jardín del Temple
(De fotografía de Carlos Delius.)

TROZOS DE VIDA, novela por *Concha Espina de Serna*. — Un tomo de 154 páginas que forma parte de la notable biblioteca «Patria», editada en Madrid (Paseo del Prado, 30). Precio, una peseta.

COSAS DE LA VIDA, por *Federico Mertens*. — Un tomo de 204 páginas que contiene la novela cuyo título lleva el libro y un cuento titulado *La peseta*, una y otro originales del distinguido literato bonaerense Sr. Mertens. Editado en Barcelona por la Viuda de Luis Tasso.

LA REFORMA TRIBUTARIA. — Informe que el Fomento del Trabajo Nacional eleva á la Comisión de señores Diputados que entiende en los proyectos de ley que el Excmo. señor Ministro de Hacienda ha sometido á la aprobación de las Cortes en 14 de abril último. Un folleto de 64 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y Compañía.

LA NODRIZA, por *Eça de Queiroz*. — Un tomo de 170 páginas que forma parte de la «Biblioteca Diamante», que con tanto éxito edita en Barcelona D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

CONTROVERSIA HISTÓRICA SOBRE LA INICIATIVA DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA. — Refutación de un alegato por Camilo Destruge, director de la Biblioteca Municipal de Guayaquil. Un tomo de 134 páginas, impreso en Guayaquil en la imprenta Gutenberg, de Uzcátegui y C.^a

OBRA DE D. JUAN VALERA. CRÍTICA LITERARIA. Un tomo de 286 páginas con varios estudios críticos escritos por el ilustre literato en 1860 y 1861; forma el volumen XXI de la «Colección de obras completas» de D. Juan Valera. Precio, 3 pesetas.

LAS MUSAS DELANTE DE JESÚS. Fantasia arcádica del árcade Jorge de Frezals y traducción italiana del árcade Francisco Sabbatini y con dibujos de José Nogué y Massó. Un folleto de 48 páginas, editado en Roma por Francisco Ferrari.

EL DOCTOR STORN, por *E. Bertrán y Rubio*. — Interesante novela de concepción original y hermosamente escrita. Un tomo de 474 páginas, editado en Barcelona por Manuel Marín. Precio, 3 pesetas.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Se conserva el cutis limpio y terso

PARIS, 14, Rue de la Harpe

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ie}, 40, R. Bonaparte, Paris.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** El mas activo y economico, el unico inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, Paris, que envía gratis su curioso librito.